

3 1761 07308991 4

PQ

8097

S₃H₄



PURCHASED FOR THE
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
FROM THE
CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT
FOR
Lat in American Studies



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

85

LA HECHIZADA

OBRAS DEL AUTOR:

PALPITACIONES DE VIDA (cuentos y novelas cortas)
1908 (agotada).

ANSIA (novela) 1911 (agotada).

EL CRISOL (novela) 1913 (agotada).

LA HECHIZADA (novela corta) 1.^a edicion 1916
(agotada).

Proximamente:

LOS BÁRBAROS ALEMANES (conferencias).

ROBLES, BLUME Y C.^a (novela).

EN LA MONTAÑA (cuentos y novelas cortas).

FERNANDO SANTIVÁN

LA HECHIZADA

IMPRENTA UNIVERSITARIA

== Bandera 130—Santiago ==

1917

ES PROPIEDAD DEL AUTOR
Queda hecho el depósito prescrito
por la ley

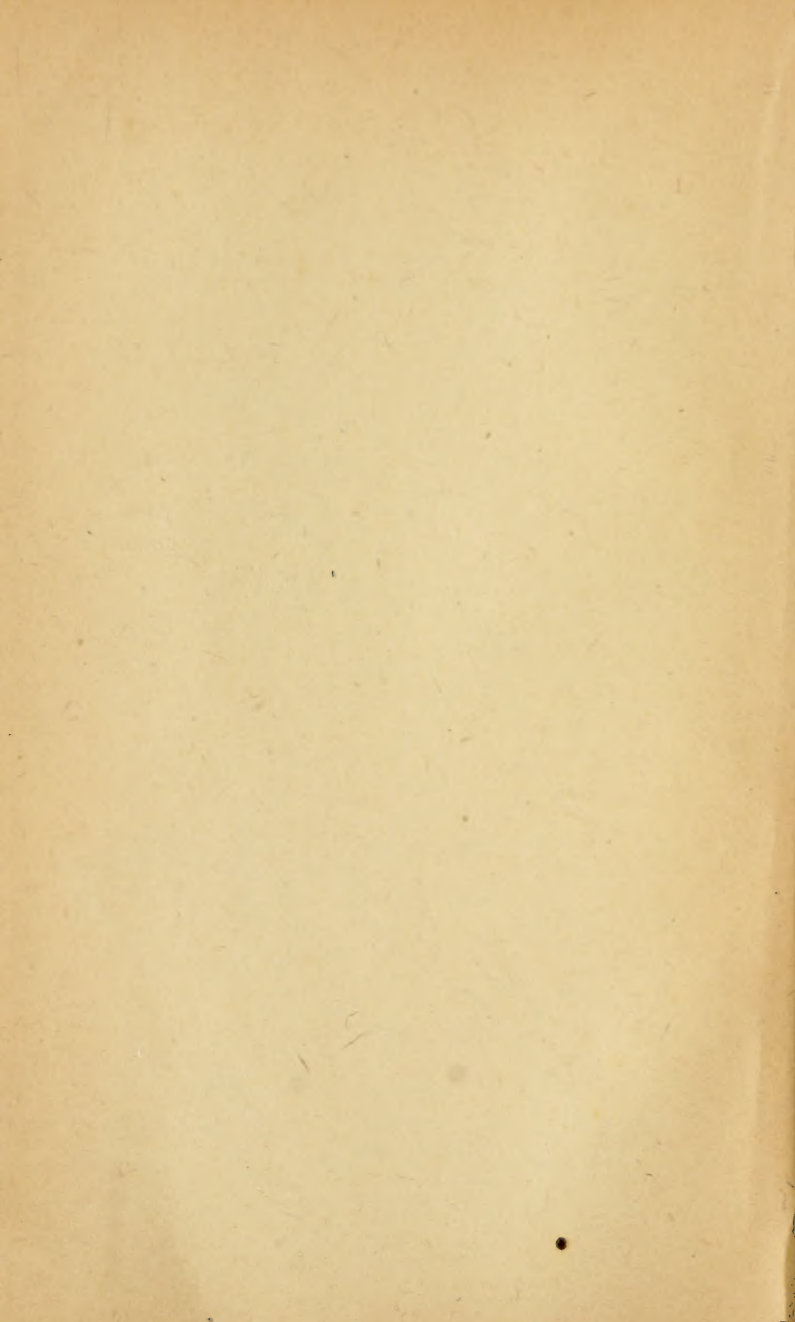


PQ
8097
S3H4

Handwritten call numbers in pencil or light ink, stacked vertically.

A la señorita R. L. E., hom-
naje a su espíritu perfumado de
pureza e ingenuidad.

EL AUTOR



CUANDO Baltasar cumplió los veintidós años, su padre lo envió a casa de la tía abuela Dolores para que acompañase a la buena señora en su desamparada soledad de viuda sin hijos.

Pudiera ser que el padre de Baltasar no fuese desinteresado: tía Lolo podía morir muy pronto; los numerosos parientes evaluaban, de antemano, el monto de la herencia y procedían a su repartición mental; seguramente saldría mejorado en su testamento el sobrino que viviese junto a ella...

Pero es preciso confesar que a Baltasar no lo guiaba el menor cálculo al trasladarse a casa de su anciana pariente, a quien amaba como a su verdadera abuela por haber su madre crecido bajo su tutela cariñosa. Tía Dolores era buena y querendona. Riquísima en otros tiempos, halagada por la orgullosa aristocracia de un pueblo tan antiguo como la patria misma, conservaba de su pasada grandeza un

nombre sonoro como vieja moneda castellana, algunos bienes inmuebles en la ciudad, y dos o tres propiedades de campo, abandonadas al pillaje de mayordomos y administradores sin conciencia.

La pobre tía Dolores, en medio de las reliquias suntuosas de sus amplios salones, que en la época de la Colonia y en los primeros años de la Patria se llenaron con las risas de las mozuelas y los madrigales de sus galanes, paseaba su muriente esplendor con la resignada dulzura de una reina caída en desgracia.

Baltasar, atolondrado, ansioso de movimiento, de ruido y de alegría, vino a devolver un poco de animación a tantas cosas muertas. Hacía sonreír a la noble señora con chascarrillos irrespetuosos; apretujábala en violentos abrazos, que descomponían su pulcra actitud de dama irreprochable; ponía en revolución a la servidumbre, haciéndola quitar el polvo a los macizos candelabros de plata; abría las ventanas para ventilar las habitaciones largo tiempo clausuradas, y saqueaba el jardín de sus más espléndidas flores para engalanar los muebles severos de las habitaciones.

Los asoleados corredores, pensativos bajo la custodia de las pilastras centinelas, tuvieron una sonrisa amable para aquella juventud entusiasta que ponía en vibración su quieta atmósfera.

—¡Ah!—decía tía Lolo, sonriendo con benevolencia.—Tu carácter se parece mucho al de un pariente

nuestro que murió de manera trágica. Era tan loco como tú, y bueno como el pan. Pero lo perdió su fantasía...

—¡Cuenta, tía Lolo!...

—...Estaba de novio con la niña más linda del pueblo; pocos días más tarde debían casarse, y llevó a su amada a visitar la casa que habitarían juntos después del matrimonio... A propósito de un adorno del salón, ella hizo no sé qué objeciones que hirieron su amor propio. Cambiaron palabras desabridas; luego, guardó silencio él, y la nube se deshizo en apariencia. Pero, al día siguiente, se le encontró en su cuarto con una bala en el corazón...

Tía Lolo guarda silencio. Baltasar escucha preocupado, y su mirada inquieta se apacigua en un ensueño; observa distraídamente las paredes de la habitación, cubiertas con un papel muy antiguo en que se ven pintadas escenas de pastores, cuyo asunto se repite interminablemente alrededor de la pieza. Junto al brasero de bronce, dormita el gato, gordo y perezoso como un sultán; un rayo de sol penetra por la puerta abierta e incendia las grandes flores de la alfombra, mientras los muebles, pesados, macizos, parecen exhalar un vago perfume de maderas olorosas.

—En otros tiempos—murmura tía Lolo, moviendo con unas largas tenacillas con garras de león las brasas amortiguadas bajo la luz solar—había más sentimiento. Los hombres llevaban el corazón a flor

de piel, y por eso, tal vez, eran más sensibles. Los jóvenes de hoy están envueltos por una coraza de cálculo, y el alma se hiela en su prisión de hierro... Tú no eres como todos, hijo mío, y por eso tendrás que sufrir mucho!

¿Tendrá razón tía Lolo?

Baltasar quédase meditando largo rato; suave angustia se apodera de su espíritu, e invade sus nervios extraña laxitud. La pastorcilla del muro lleva apoyado sobre la cintura un cántaro de dos asas y ofrece de beber a un mocetón que, de rodillas a sus pies, recibe en los sedientos labios el cristalino líquido. Detrás de un árbol, asoma la silueta de un pastor en actitud amenazante.

El alma de Baltasar siéntese conmovida por incomprendible piedad, e instintivamente sigue con la vista, a lo largo de la pared, la misma escena repetida hasta el cansancio por los rincones más distantes.

En la pieza vecina, se escucha el grave tictac de un reloj de péndulo. En el silencio, el gato ronronea suavemente, y tía Lolo junta los párpados soñolientos para dormir o para recordar.

¿Tendrá razón tía Lolo?

Baltasar se levanta bruscamente, se despereza y da un ligero grito, imitando a un pájaro.

Tía Lolo despierta sobresaltada, y Baltasar se echa a reír.

—Es preciso que cerremos las «portañuelas» y

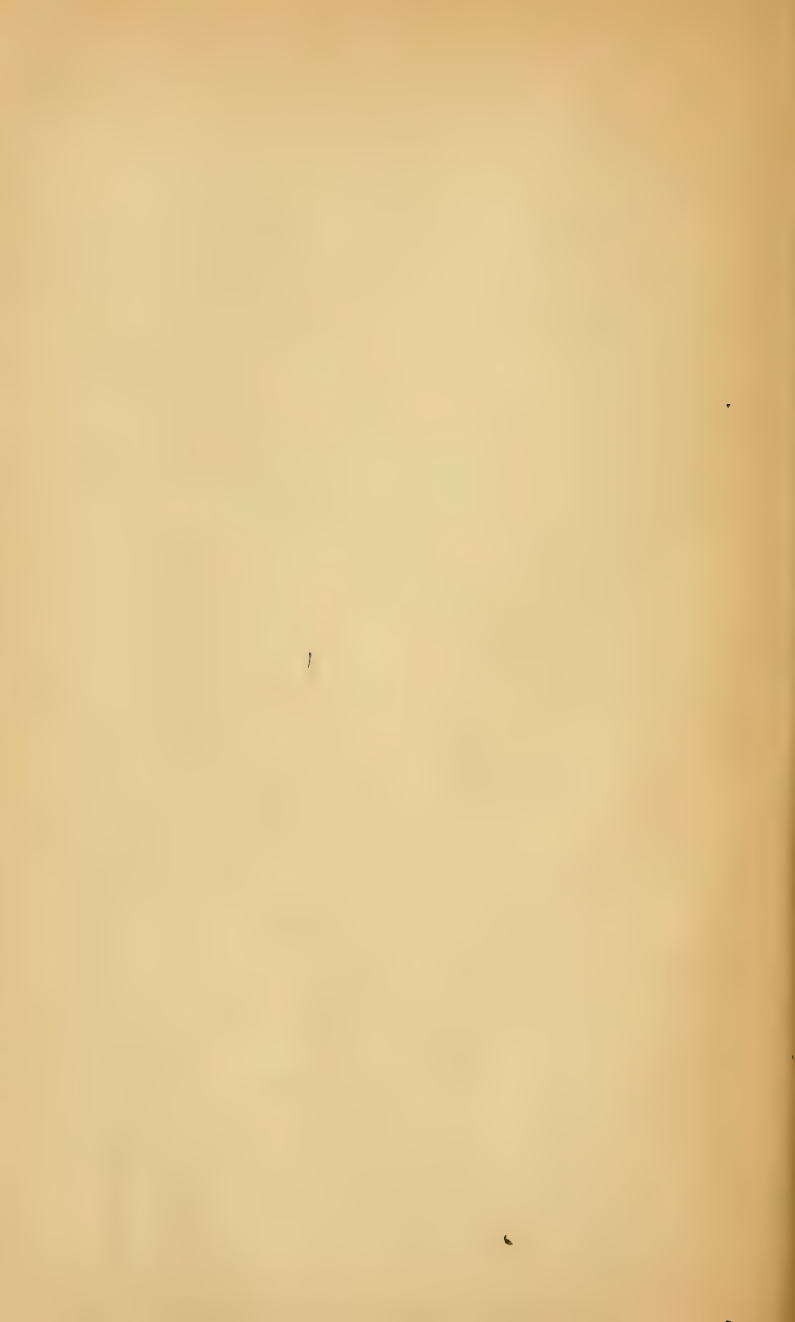
nos vayamos al campo con todos los «botijos»— dice alegremente el joven, parodiando a la buena señora, que suele usar palabras anticuadas.—Fíjate, tía, que todo el mundo se marcha... y tú sabes que es necesario vigilar de cerca las cosechas.

Tía Lolo se limita a reír de un modo socarrón y bondadoso.

Su rostro ancho, ligeramente orlado por un bozo oscuro sobre los labios, sus ojillos picarescos, adquieren una actitud de blandura condescendiente.

—Tienes razón, niño... Ya es tiempo de que nos marchemos... Encárgate de disponerlo todo...

Y vuelve a sumirse en su ensueño soñoliento.



Pocos días después, tía y sobrino se encuentran instalados en el fundo de «Las Pataguas», departamento de B... Para la pobre tía Lolo esta mudanza es un verdadero acontecimiento. Pesada, a causa de los años, cuéستale un triunfo moverse, aunque sea para visitar a sus amigos de las casas próximas.

Imaginad si será suplicio tomar el tren para llegar al pueblo vecino y desde allí seguir la marcha en coche hasta el fundo, acompañada de las sirvientas, de sus animales domésticos, y de una cantidad de adminículos indispensables para su vida sedentaria.

Durante toda la travesía, no cesan sus advertencias y gritos de terror. Al subir al tren, pasa revista a sus acompañantes, y sólo después de convenirse de que todo está en su lugar, se decide a encomendar su alma a Dios, devotamente, para que la proteja de los cataclismos que la acechan en esta jornada de diez kilómetros.

¡Pero qué felicidad después de instalarse en los vetustos caserones del fundo! Sentada en un sillón de paja, en los corredores, recibe al día siguiente a sus visitantes campesinos con la bondad patriarcal de una reina.

Las casas están situadas sobre una pequeña altura, y se dominan desde allí los lomajes parduscos y las vegas rientes sobre cuyos pastales retozan los animales de engorda.

A los pies de las casas, en una depresión del terreno, crece el bosque que da su nombre al fundo: pataguas centenarias, solemnes como árboles druidicos, con sus troncos retorcidos y sus ramajes de verde ceniciento.

De todas partes trae la brisa perfumes silvestres, zumo de flores y de yerbas humildes, que vienen a saludar tímidamente a la dueña de aquel rincón campesino.

Ante el trono rústico de tía Lolo, comienza el desfile de sirvientes. Primero, el viejo mayordomo, parecido a una rama seca, las piernas en arco de paréntesis, con una cara amarillenta de enfermo y los ojos sin brillo. Con voz nasal y lengua estropajosa, impone a la señora de los acontecimientos más importantes. Cuéntale que se murieron dos vacas, que el caballo tordillo se mancó, y que los sementeras están muy prometedoras.

—Las viñas, así, así, no más... Las heladas les han hecho mucho daño...

Su voz semeja un rezongo monótono. Lleva la cabeza forrada en trapos grasientos para ocultar la calvicie asquerosa. Mientras habla, apenas mueve los labios, y sólo al sonreir se divisa la boca desdentada, entre los labios gruesos y húmedos como los del buey.

Tía Lolo aprueba o compadece, y concluye por despedirlo.

—Está bien, don Zoilo; luego hablaremos...

Se va el mayordomo y se acerca su mujer. Viene a ofrecerle a la señora, huevos frescos, harina tostada y quesos de cabra. La siguen otras mujeres que se detienen a respetuosa distancia.

—Dios la guarde, mi señorita... ¿Cómo está de salud, su mercé?... Felices los ojos que la ven... Si parece cada día más joven... ¡Por fin se acuerda de sus pobres!

Algunas traen gallinas como ofrenda; otras, miel o frutas.

La señora da las gracias, se informa de sus interioridades, y las despide con alguna propina, que siempre sube al doble del precio de los regalos.

Mientras se realiza este curioso desfile, que recuerda por su sencillez una escena de épocas patriarcales, Baltasar prepara sus andanzas futuras; recorre las pesebreras para imponerse del estado de los caballos; revisa los fusiles de caza, y ordena que limpien su silla de montar. Lo acompaña en su ins-

pección el bueno de Juan Ramón, joven campesino que le sirve generalmente de mozo, y que siente especial afecto por el «patroncito».

Entre otras cosas, Baltasar pregunta a su acompañante:

—¿Y cómo estamos de chiquillas, Juan Ramón?

El campesino se lleva lentamente la mano al ralo bigotillo, y mira con perezosa actitud las lontananzas lejanas. Luego responde el mocetón:

—Malito, señor, malito... Las «Torcazas» se fueron para «Las Cruces», y la Domitila del «Pelao», está en el pueblo...

—¿Y no volverá?

Contrasta la rapidez de la pregunta del mozo pablano con la respuesta del mocetón.

—De volver... ¡no tiene cuándo!

Baltasar esboza un movimiento de contrariedad, y pregunta aún:

—¿Y no habrá por aquí cerca?...

Juan Ramón hace un gesto despectivo.

—¡Puros bagres, don Baltasarito! Para encontrar buen ganado, habría que remontarse hasta las posesiones de don Tobías, al otro lado del estero...

—Allá iremos, afirma Baltasar, satisfecho de que no sea tan imposible encontrar un pasatiempo para el corazón.

Es buena suerte, porque en este ambiente azucarado de olores silvestres el bendito sol de la campiña

enardece la sangre, y bullen en el cerebro extrañas fantasías.

Son lánguidos los atardeceres en el campo e incitan a dulces confidencias, a movimientos alados del espíritu en busca de un regazo tibio de mujer...

El bosque de pataguas está lleno de escondrijos silenciosos, que hablan al espíritu de escenas íntimas, de caricias inefables; hay allí una vertiente de agua cristalina, helada como la nieve, y un pozo rodeado de violetas silvestres que perfuman los alrededores; las verdes hojas invitan a sentarse, e inconscientemente todo mozo joven piensa en un talle que enlazar a sus brazos ardientes, y en una boca fresca que balbucee frases lisonjeras junto al agua quieta y misteriosa como espejo encantado, mientras de lo alto de las ramas caen, como bendiciones paternas, las hojas desprendidas.



BALTASAR deja la rienda suelta sobre el cuello de su cabalgadura, que marcha al paso por el camino en zig-zag, sobre áridos lomajes. Más que carretera, aquel es un sendero sobre campo abierto, que sigue el capricho de los altibajos de la campiña. Terrenos de rulo, arcillosos, sólo reverdecen en primavera con un césped superficial, que en verano se crispa bajo el sol como un cabello quemado. Sólo una que otra planta de espino yergue su rudeza salvaje sobre tanta vida desolada, y presta frescor y sombra a los piños de cabras que pasan por allí en lánguida existencia, como almas extraviadas.

Sin embargo, Baltasar respira con delicia el aire puro de la mañana. El cielo clarísimo, las blancas nubes errantes, extienden sobre la tierra un velo de idealidad que suaviza todas las asperezas y comunica al espíritu inconsciente alegría, fresco resplandor de esperanza.

A pocos pasos detrás de Baltasar, le sigue Juan Ramón en caballejo de mal aspecto. Guarda silencio respetuoso ante las cavilaciones de su amo. Al cabo de algunos minutos, Baltasar se vuelve a él, y le dice:

—Acércate, Juan Ramón.

El mocetón aviva el paso de su cabalgadura y se coloca junto al joven.

—Mande, don Baltasarito...

—Mira. ¿Crees que nos recibirán bien?

El mozo responde en la forma evasiva que acostumbra nuestro pueblo:

—¿Por qué lo habían de recibir mal a su mercé?

Baltasar se encoge de hombros con impaciencia:

—De tratarnos mal... claro que nó, dice.—Pero quiero decir: si hay probabilidades de que la chiquilla...

—Eso lo ha de ver Ud., pues, patrón.

Baltasar comprende que será difícil arrancar alguna respuesta terminante a su ladino compañero, y pregunta con resignación:

—¿Y falta mucho para llegar?

Juan Ramón se lleva las manos a los ojos en forma de pantalla, y señala un punto en la distancia.

—¿Ve aquella arboleda verde, su mercé? Allí están las casas de «El Pantano»...

Detrás de un lomaje, se divisa, en efecto, un cuadrilátero de verdura, encajonado en una valla de

altos álamos. Es un verdadero oasis en aquellos paraje desnudos de vegetación.

Baltasar vuelve a su interrogatorio:

—¿Y es bonita la niña?

Juan Ramón responde, con un gesto vago:

—Así dicen... Los «viejos» se miran la cara en ella.

—Bah! pero será muy rústica; en estas soledades no habrá podido instruirse.

—No tanto, patrón. Los viejos son huasos finos; pero tienen su platita para ir pasando... y a la niña la tuvieron en las monjas de C...

Baltasar medita un instante. Sin duda procura forjarse la imagen de aquella señorita Humilde, de la que vienen hablándole desde hace tiempo. Humilde... ¡Qué nombre más raro!

—Y dime, Juan Ramón; y no ha tenido pretendientes la niña?

El mozo responde con una de sus evasivas.

—¿Cómo no va a tener novios una niña bonita?... Además, don Pancho Araneda no es un hombre muy pobre. Cierto que su fundo es chico y de rulo; pero tiene buenas lomas para trigo y unas vegas no tan malas para chacras...

—Bah! ya se hubiese casado si la hubiesen pretendido—insinúa Baltasar, con marcada intención de desatar la lengua de su compañero.

—Es que no se ha querido casar, patroncito,—exclama Juan Ramón.—Novios ha tenido; así dicen.

Don Rudecindo Pérez, vecino de don Pancho, huaso ricachón, la pidió «cuantuá». Después anduvo haciéndole la ronda don Juancito, el de «Las Lomas», y ná; la niña, firme en sus trece...

—Será muy exigente...

Juan Ramón se sonríe socarronamente y se limita a decir:

—No sería raro que tuviera razón, su mercé... Pero creo que... ¡Vamos, es un pensar... Estas palomitas tiernas suelen esconder garritas de águila...

—Concluye...

—Pa mi que la señorita Humilde tiene su embuchadita... Así dicen las malas lenguas.

—¿Tú crees?...

Fué dura la mirada que dirigió Baltasar a su compañero, y su tono, áspero y cortante.

Juan Ramón hundió la cabeza en los hombros y guardó silencio.

En ese momento, al doblar un recodo, detrás de una prominencia del terreno, se encontraron delante de las primeras trancas de las casas de «El Pantano», y ambos viajeros guardaron silencio.

Al penetrar por el caminillo que conduce, alrededor de las huertas, a las casas, vieron un jinete que salía al paso de su cabalgadura. Era un mozo joven y apuesto. Su aspecto era el de un campesino acomodado: hermoso caballo alazán; rica montura del país, provista de lazo trenzado; manta de colores sobre el hombro, y espuelas plateadas de regulares

dimensiones. Su chaquetilla corta permitía lucir al jinete una cintura esbelta y flexible, y sus largas botas de montar, de cuero negro, relucían al sol con reflejos sordos. Bajo el sombrero de pita de anchas alas, asomaba un rostro orlado de ligera barba crespa, de color rubio oscuro, y un bigotillo incipiente sobre la boca, recortada con expresión de dureza.

Al pasar junto a Baltasar, sus ojos lanzáronle una mirada obscura, con no sé qué parecido al brillo del puñal en la sombra.

No se dignó contestar al saludo y se alejó, haciendo tintinear sus espuelas junto a los ijares del alazán.

—¿Quién es?—preguntó Baltasar a su mozo, cuando hubo pasado.

Juan Ramón sonrió con solapada malignidad. Dijo:

—Es uno de los Araneda, primo de la señorita Humilde.

A Baltasar le dió un vuelco el corazón.

LOS recién llegados penetran hasta el interior, a lo largo del callejón que bordea la huerta, y se detienen en un espacio encerrado por un mimbreral, que forma una cerca compacta como una empalizada. Al fondo hay una vivienda sencilla, compuesta por tres o cuatro piezas de barro, sin corredor, y coronada de tejas rojizas. Las puertas sin cristales que caen al patio, están herméticamente cerradas, y por la única estrecha ventana, se divisan los postigos juntos. Algunas gallinas escarban en el centro del patio, y un perro de clase bastarda, flaco y sucio, duerme su sueño de pesadillas bajo un sauce raquíptico, al extremo opuesto. Fuera de estos animales, nada acusa vida en el recinto solitario.

—Creo que nos llevamos un chasco, murmura Baltasar con despecho. Parece que la familia ha salido.

Pero Juan Ramón, más práctico en materia de

costumbres de campo, avanza hasta el centro del patio y da algunas voces, sin desmontarse del caballo.

—¡Eh, eh! ¿No hay nadie?

El perro contesta al llamado con ladridos furiosos. Sólo después de algunos instantes se oye ruido en el interior, y asoma una cabeza desgreñada de mujer por la ventanita de las habitaciones.

—¿Está don Pancho?—pregunta Juan Ramón.

Bajo las greñas revueltas brillan los ojos desconfiados, que examinan a los recién venidos de pies a cabeza.

—¿Quién lo busca?—pregunta la mujer. Y dirigiéndose al perro que continúa ladrando furiosamente alrededor de los jinetes, grita con voz destemplada:

—Adentro, Carlomagno... ¡Jesús; qué perro!... si no deja hablar!

El perro se retira rezongando y mostrando los colmillos en una actitud que no corresponde a la majestad de su nombre. Entonces puede acercarse Juan Ramón a la ventanilla, y se dirige a la mujer:

—¡Cómo está, doña Domitila! ¿Que ya no me conoce? Soy Juan Ramón, de «Las Pataguas». Vengo con el patroncito, el sobrino de la señora Dolores del Solar, que quiere saludar a don Pancho de parte de la patrona.

La de las greñas responde escondiendo la cabeza detrás del madero de la ventana.

—¡Pero, niño!... no te había conocido... si estás tan crecido! Desmóntense ligerito, y que el caballero pase al salón. Voy a abrir.

Durante este diálogo, Baltasar ha permanecido inmóvil en su silla, en el centro del patio, confuso y molesto por un recibimiento que estima poco cortés.

Ciérrase la ventanita, y los jinetes van a desmontarse junto a una «vara», al borde de la empalizada, bajo un gran sauce que extiende hacia el suelo sus ramas protectoras. Cuando Baltasar vuelve la cabeza, ya se ha abierto una de las puertas, y puede escuchar una voz invisible que le dice:

—Pase, señor, voy a avisar a Pancho que lo buscan.

Entra Baltasar a la pieza y ve, con extrañeza, que la persona que le hablaba ha desaparecido. Después de un momento de indecisión, resuelve tomar asiento e inspeccionar lo que lo rodea.

Alrededor de las paredes de barro, sin enlucir, constituyen el amoblado algunas sillas de Viena, y un pequeño estante esquinero sobre el cual se exhiben retratos en marcos ordinarios. En un ángulo, apoyada en el muro, una guitarra sin cuerdas parece dirigir al visitante una tímida mirada de salutación. Cubre el piso de ladrillos, una estera de factura campesina. Pero en donde la fantasía de los dueños de casa parece haber puesto su mayor esmero, es en los marcos que adornan la pared, de papel de pla-

ta y oro, o de terciopelo azul salpicado de mostacillas. Un cromo de réclame del té Dulcinea, que representa una mujer elegante vertiendo el dorado líquido desde cierta altura, completan el adorno del «salón».

Baltasar comienza a impacientarse, cuando se abre la puerta y entra una señora de regular edad, en cuyas facciones quiere Baltasar reconocer cierto parecido con la mujer de las greñas. Pero ésta viene cuidadosamente peinada, y viste un limpio vestido de percal almidonado, que cruje levemente. Avanzando hacia el joven con ademán afectuoso:

—Cómo está, mi señor—le dice: Ud. perdonará que lo haya hecho esperar... ¿Y misiá Dolorcita se encuentra bien? ¡Cuánto le agradezco que se haya acordado de estos pobres! Nosotros no dejamos de rogar a Dios por su salud... Es tan buena, la señora! ¡Una santa!

Habla con apresuramiento, y apenas da tiempo a Baltasar para responder. Sus facciones toscas, y con ligeras huellas de viruela, tienen, sin embargo, expresión simpática y vivaz, animadas por sus grandes ojos oscuros, que lanzan miradas escudriñadoras, inteligentes y suspicaces. Parece muy halagada por la visita de un sobrino de doña Dolores del Solar, y hace esfuerzos para demostrar desenvoltura de dama de buena sociedad.

—Ud. perdonará—dice— que lo recibamos con tanta sencillez. Pero aquí en el campo vivimos de

cualquier manera. En cambio, si no hay lujos, hay cariño para las visitas.

Se levanta de su asiento y se dirige a la puerta para gritar hacia el exterior.

—¡Humilde!...

A lo lejos se oye una voz femenina, que responde:

—¡Voy, mamá!

Pocos momentos después, aparece en el marco de la puerta una joven de regular estatura, de cuerpo esbelto, y de actitud suave y serena. Viste sencillo traje de muselina; pero su hechura acusa cierta gracia que no tiene el de su madre. Bajo el cabello castaño, partido en dos haces que se levantan ligeramente hacia ambos lados de la frente pura, aparece el rostro de óvalo perfecto, de un color trigueño pálido, ligeramente dorado por una pelusilla que le da al cutis reflejos de terciopelo.

La niña saluda a Baltasar y ocupa asiento junto a su madre, en actitud recatada. Baltasar la observa a hurtadillas mientras habla con la señora; y luego le dirige una pregunta cualquiera para interesarla en la conversación.

—¿Le gusta a Ud. el campo?

Humilde se ruboriza ligeramente y responde con voz muy suave, muy bajita, como si temiera desentonar con alguna palabra demasiado brusca:

—Sí, señor. Y aunque no me gustase... De todas maneras tendré que vivir aquí...

Vibra en su voz una ligera nostalgia, que permite

suponer que mucho más le agradaría vivir en otra parte.

—En verano—añade la joven—la vida en el campo tiene sus atractivos. Se puede pasear a caballo... Las trillas traen mucho movimiento de gente... Además, en esta época, vienen familias a pasar una temporada en el campo...

Sus ojos grandes, de color café oscuro, tienen una dulce inmovilidad; las pestañas largas, rizadas, hacen pensar en la penumbra de un bosque misterioso.

—Nosotras podríamos vivir en la ciudad, porque medios no nos faltan—interrumpe la madre—pero una se «aquerencia» en estos peladeros...

—Si por mí fuera—dice la hija—me gustaría pasar el invierno en otra parte. Si viera Ud. qué triste es el campo cuando pasan días y semanas sin cesar de llover... No queda más recurso que el tejido, y mientras se teje, se piensa y se piensa...

—¡Estas niñas de hoy!—exclama la madre, con reprimido malestar.—Es lo que aprenden en las monjas... Si se preocuparan más de los quehaceres de la casa, no hablarían de aburrimiento... Con tantas finuras, las ponen «romantiscas».

Las joven inclina la cabeza y guarda silencio respetuoso; su cuello delgado y blanco, florecido de pelusilla dorada cerca del nacimiento del cabello, se dobla con gracia e incita a la caricia.

Baltasar comienza a sentir el encanto de aquella

alma recogida y silenciosa, y sus ojos la absorben en sus menores detalles.

—¿Y por qué no se va a vivir al pueblo?—le dice. Las niñas hermosas no tienen derecho a esconderse en cualquier rincón...

La joven ríe quietamente para ocultar su rubor, y la madre responde:

—Qué «bromista» es el señor.

Después de esta primera galantería se hace un silencio penoso. La madre juega con los dedos pulgares, con las manos sobre las faldas, y la joven baja los ojos al suelo en actitud pensativa. Por la puerta entreabierta que da al patio, se divisa un fondo de parrón, luminosa verdura que semeja un remanso cristalino. El sol comienza, sin duda, a caldear la atmósfera, porque se ven pasar por el patio ondas de aire, como arroyo invisible suspendido a cierta altura de la tierra. Un pollo que picotea cerca de la puerta asoma en el salón, vuelve hacia todos lados su cabeza sobre el cuello flexible, y parece como que mirase interrogativamente al visitante con sus redondos ojillos inyectados.

—¡Ah, chus!—grita la señora, y el intruso huye despavorido.

En ese mismo instante se oyen pasos en el patio, y la señora dice:

—Ahí viene Pancho...

La niña añade, como si despertara de un ensueño:

—Viene mi papá...

Se abre la puerta, y la silueta rechoncha de un hombre se recorta sobre el fondo luminoso del huerto.

Al verlo, Baltasar no puede reprimir un ademán de terror. Aquella cabeza de pelos enmarañados, aquellas cejas hirsutas, aquellos ojos sanguinolentos, los bigotazos espinudos y la espesa y negra barba cerrada, no pueden pertenecer sino a un bandido feroz. De pie bajo el dintel, apoya sobre un largo coligüe su mano, peluda como araña de cerros, y sus ojos buscan algo alrededor de la pieza en un movimiento convulsivo, como lo hubiese hecho el monstruo guardador de la Bella al sentir olor de carne humana.

Espera Baltasar cualquier cosa terrible, pero de pronto escucha la voz brusca de la señora que increpa al recién llegado:

—¡Pero, hombre!... ¿Por qué te quedas ahí como un babeiaca?... ¡saluda, hombre!

Entonces el ogro, en vez de pulverizar a su mujer, avanza hacia la visita; se quita la amplia chupalla, y estrecha su mano con ademán cohibido. Tartamudea, con voz aflautada, vacilante, tímida como la de un niño:

—¿Ud. es el so... so... brino... de... de... mi... mi... sea Dolorcita?

Bastasar hubiera deseado reír; pero reprime sus deseos y responde, muy serio, que trae encargo de

saludar a don Pancho y su familia, y de ofrecerles su casa de «Las Pataguas» y todo lo que al alcance de sus manos estuviera para servirles.

Don Pancho hace dos o tres visajes horrorosos y dice:

—¡Mu... mu... chas gracias!

Mientras tanto, han salido las dos mujeres, y al poco rato vuelve la joven con una pequeña bandeja, una botella y copas. Es «mistela» de apio, preparada por la señora Domitila,—advierte don Pancho mientras saborea el licor,—que está fabricada con aguardiente de la propia viña de «Las Pataguas», de misiá Dolorcitas.

Luego se levanta don Pancho y dice que va a hacer que desensillen las cabalgaduras, porque no dejará irse a sus visitantes hasta la noche, después de comida, y ordena a su hija que lleve al joven a la huerta para mostrarle el palomar y las colmenas. Le advierte, además, que mientras preparan el almuerzo, atienda al caballero; que lleve la guitarra y le cante alguna de esas cosas que ha aprendido en la ciudad.

¡Bendito don Pancho! Baltasar hubiera deseado abrazarlo. Humilde baja los ojos ruborosos y se estremece de timidez como una plantita al sentir las pisadas del jardinero. El joven concede, en ese momento, que no es tan espantosa la figura de don Pancho, y que hasta se insinúan en ella rasgos de oculta hermosura...

VAN a visitar la crianza de palomas en compañía de una hermana pequeña de Humilde, especie de animalillo de cara sucia y cabellos rebeldes. Humilde sirve de cicerone, y Baltasar escucha maravillado todo lo que profieren los labios de su acompañante.

Está linda la joven bajo su sombrerillo pastora, atado por dos cintas bajo el cuello. Ha ido perdiendo su timidez en contacto de las cosas familiares de su huerto y de la recogida atención con que Baltasar acoge sus menores palabras.

Una serie de postes que hay en la parte trasera de la casa, sostienen, cada uno de ellos, lindas casitas de palomos, verdaderas viviendas de varios pisos, con sus corredores y ventanales diminutos. Las palomas forman una algarabía de gritos al ver aproximarse a un extraño; algunas emprenden el vuelo y revolotean por encima de sus cabezas; otras pocas, al reconocer la voz de su cuidadora, acuden en tro-

pel y picotean el suelo, arrullan y enredan como chicos de escuela.

—¡Qué bonito!...—exclama Baltasar, maravillado ante aquella población doméstica de simbólicas ave-citas.

Entonces Humilde explica algunas peculiaridades de su población alada; sus celos, sus riñas y sus simpatías. Hay algunas que son revoltosas e indisciplinadas; otras, de carácter afable; hasta hay algunas que tienen temperamento romántico y se dejan morir de hambre por alguna desilusión sentimental. Pero los disturbios más sangrientos se producen entre las crías nuevas y las antiguas parejas, cuando los recién llegados al mundo pretenden establecer casa aparte o suplantarse en el propio hogar a sus progenitores. El egoísmo parece no ser cualidad exclusiva de los hombres.

—Son verdaderas batallas, asegura la joven, y se matarían si no se las separase.

Toda esta explicación cobra especial encanto en labios de la joven, que permanece en pie sobre la grama verde, bajo el sol, con su blanco vestido y su rostro pálido, ligeramente coloreado por la agitación. En sus mejillas y en la barbilla, fórmanse, al hablar, ligeros hoyuelos que aparecen y desaparecen como otras tantas ventanitas de dulzura que se abren y vuelven a cerrar; los ojos adquieren tonalidades acariciantes, y se diría que sus cabellos, el nacimien-

to de sus hombros, su cuerpo entero, exhala perfume como una flor.

—Mire Ud., dice la joven, señalando una palomita blanca que picotea el suelo cerca de sus pies, lejos de los otros pichones que se han ido, desencantados al comprender que no se trata de un reparto de ración.

—Mire Ud.; esta palomita es mi regalona. Se murió su pareja y ha quedado triste. Nadie la quiere entre sus compañeros, y está solita...

La toma entre sus manos, la acaricia y la retiene junto al pecho, cerca del blanco nido de su seno, prodigándole palabras de ternura.

—Se me imagina como yo...—concluye Humilde en voz baja.

Baltasar cree percibir un temblor de lágrimas en la voz de la joven, y su corazón se esponja dulcemente dentro del pecho. Acercándose a ella, dice con suavidad:

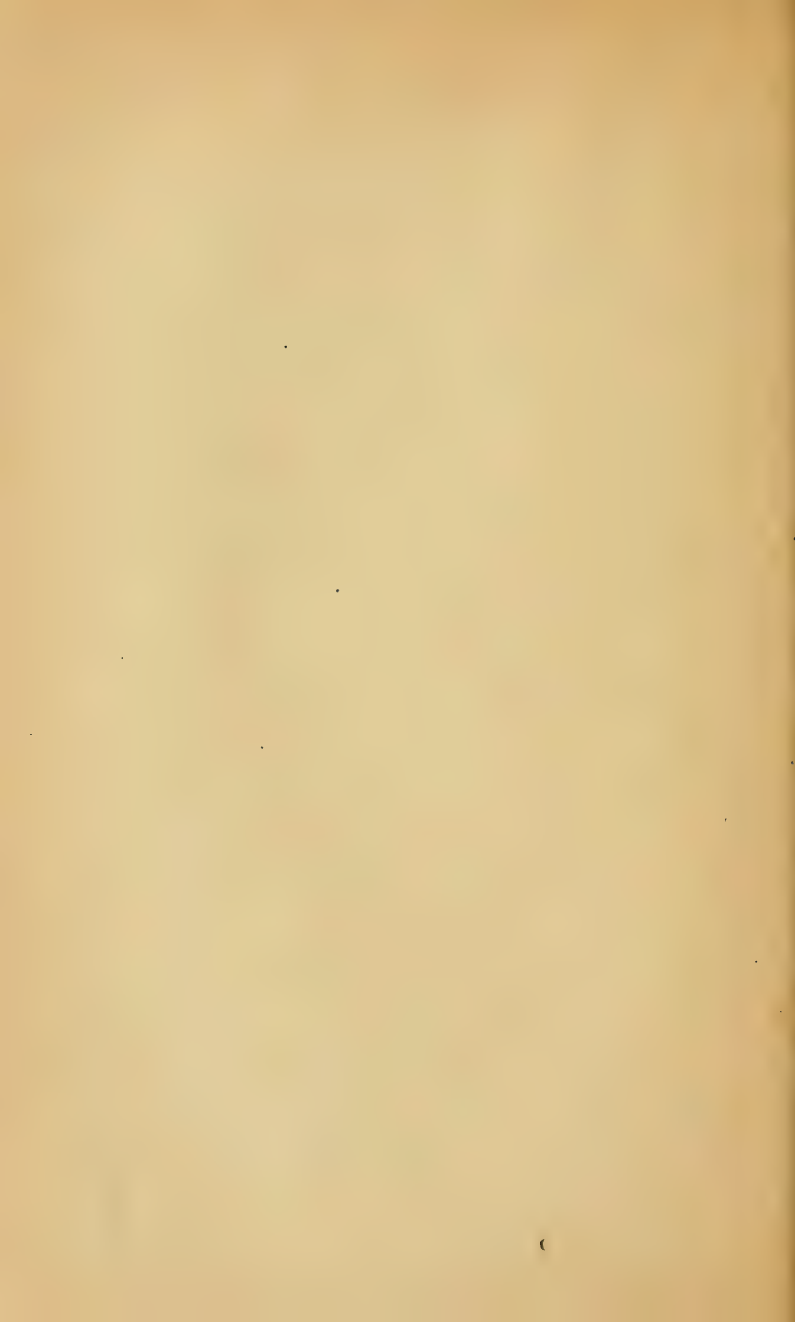
—¿Por qué puede ser Ud. desgraciada, Humilde?

—Las apariencias engañan,—responde ella con sencillez.

—Bah! ¿Quién no se consideraría feliz en proporcionarle la dicha?—añade Baltasar.

La niña vuelve la cabeza, y tal vez no puede expresar lo que siente, o no quiere entender el alcance de las palabras de su nuevo amigo, porque echa a caminar apresuradamente, y dice con voz ahogada:

—Todavía tenemos que conocer el colmenar...



BALTASAR resguarda su rostro de las temibles lancetas con una máscara de alambre que Humilde le ofrece, envuélvese las manos con una especie de guantes de tela gruesa, y se encaminan al fondo de la huerta. El sol cae a plomo sobre los árboles y volatiliza los perfumes silvestres que ascienden hasta el rostro en oleadas tibias, azucaradas.

—Olor a rosas...—murmura Baltasar.

Humilde explica:

—Pasamos cerca del jardín. Los rosales han florecido más que nunca en esta temporada...

—¿Le gustan a usted las flores?—interroga él.

—Oh, si...! En el jardín del convento había una madre hortelana que me quería mucho y me enseñó a cultivarlas.

—¿Estuvo Ud. en las monjas?

—Dos años nada más—suspira la niña.—Hubiese deseado no salir nunca de allí.

—¿Y por qué? ¿Tan dura ha sido para usted la vida?

Queda sin respuesta esta pregunta, y Baltasar se promete no caer en nuevas indiscreciones.

Ahora, a las rosas, se mezclan los jazmines; de vez en cuando, el rústico olor de la yerba buena y del toronjil vence a los otros perfumes, y evocan la vida del campo libre.

Baltasar siente abrasadas las espaldas bajo el sol; la sangre se agolpa a sus mejillas, y una embriaguez de salud le hace concebir la vida en ese momento como una enorme palpitación en que se confunden los sonidos con los perfumes, y éstos con la visión deslumbrante del cielo, cruzado de pedrerías y saetas de oro.

Hubiera deseado quitarse la máscara que lo sofoca; pero ya se oye el rumor de las abejas que zumban juntos a los colmenares próximos, y la voz de Humilde que le advierte:

—Cuidado... las abejas desconocen a los extraños.

Ella, en cambio, lleva el rostro y las manos descubiertas, y poco se cuida de los dorados insectos que revolotean alrededor de su cabeza, nimbada la frente por algunos finos cabellos sueltos que se escapan del sombrero.

Una veintena de colmenas se levantan sobre la alta yerba, como un pueblo de casas liliputienses. Humilde explica a Baltasar algunas observaciones sobre la vida de las abejas; habla ingenuamente

de la estupidez de los zánganos, del cariño de las trabajadoras por su reina, del vuelo nupcial y de la complicada organización de esos seres admirables e inteligentes.

Aunque conoce Baltasar, por los libros, todos esos detalles, escucha encantado las palabras de la niña. Su voz suavísima penetra como una caricia hasta su corazón, y le va relatando, sin que ella se dé cuenta, una cantidad de pequeñas intimidades de su vida solitaria y soñadora.

Como hace mucho calor, Baltasar propone que se guarezcan a la sombra de un cerco de membrillos. Acepta ella y se sientan en el pasto mullido. La hermanita de Humilde prefiere quedarse al sol y corretear detrás de una libélula que pasa en giros rápidos, haciendo brillar sus alas transparentes delante de sus ojillos glotones.

¡Qué paz!... ¡Qué delicioso rincón de huerto!... Baltasar se quita la máscara, y luego hace lo mismo con los guantes. No es posible que las abejas se atrevan a molestarlo en tan inofensiva actitud.

Una dulce languidez se apodera de sus miembros; cerca de él está Humilde con sus faldas púdicamente recogidas. Nada hay en ella que provoque la voluptuosidad; sin embargo, cruza como una chispa por el cerebro del joven la idea de cubrirla de besos, de estrechar junto a sí su pecho, que sube y baja rítmicamente a impulsos de la respiración, acariciar largamente los cabellos suaves, y aspirar el perfume

de esa boca fresca que, al sonreír, muestra dos hileras de dientes blanquísimos. Se imagina que la conoce desde hace mucho tiempo, y que nada hay en la vida de la joven que no le pertenezca como derecho adquirido por mutuo consentimiento.

Siente unos deseos grandes de quietud, de que la vida continúe, como en ese momento, junto a Humilde, olorosa a yerbas silvestres, bajo ese palio maravilloso de verdura y de azul infinito. ¡Qué bueno sería quedarse para siempre allí, lejos del mundo complicado y traidor de las ciudades, y hacer de esa niña bondadosa y fresca una compañera de toda la existencia!

Pero un agudo dolor en una mano le hace ahogar un ligero grito. Una abeja se ha aprovechado de su descuido para enterrar en la carne su aguda lanceta.

Humilde palidece y, bruscamente, coge la mano herida entre las suyas, esprime suavemente la sangre de la picadura, y exclama, mirándolo a los ojos con la compasiva mirada maternal que poseen todas las mujeres de alma buena:

—¿No le decía yo?... ¡Hay que cuidarse de estas pícaras!

EN la tarde, después del almuerzo, Baltasar fué acaparado por don Pancho, quien salió en su compañía, a caballo, para mostrarle sus tesoros de campesino: el ganado lanar, las chacras y una pequeña lechería, instalada según los métodos rutinarios que se vienen sucediendo desde la colonia.

A la hora de comer, volvió Baltasar fatigado de la caminata bajo el sol—a través de áridos parajes que parecían pedir a gritos un poco de agua—con la sangre en turbulencia, y aburrido de la penosa compañía de don Pancho, hombre silencioso y tímido, a pesar de su feroz aspecto.

Mirando los lomajes amarillos, o las chacras que formaban pequeños oasis en las vegas, Baltasar pensó durante todo el tiempo en Humilde. Lástima de niña, condenada a vivir en aquellos páramos, requemándose al sol como la yerba que naciera en las lomas en la primavera, para morir bajo el sol del verano implacable.

Al regreso comieron bajo el parrón del huerto, cuando el sol estaba todavía alto en el horizonte. Don Pancho sirvió un vino obscuro de sabor acre, fabricado en los contornos a la manera primitiva, y brindó por misiá Dolorcitas y «po... por... su sobrino... que Dios conserve»...

Después de comer, como Baltasar rogara a Humilde con insistencia que cantase alguna tonada, la joven prometió hacerlo un poco más tarde, en la era de trigo, distante unas pocas cuadras de la casa. Se proveyó de cuerdas a la guitarra y salieron todos en comparsa, acompañados de un batallón de hermanos de Humilde, ocultos durante el día, y que fueron apareciendo al caer la tarde como brotados de la tierra. Eran doce en total, de todas las edades y los matices conocidos: hombres y mujeres; rubios, morenos, de ojos claros algunos; los más, de ojos oscuros .. La señora Domitila llevaba en sus brazos al menor, de un año y medio apenas, y por los síntomas,—que permitía reconocer la blusa suelta de color verde rabioso con que la buena señora se había engalanado en honor del huésped,—nuevo vástago venía ya en camino.

El trabajo había cesado en la era desde hacía rato. Sobre el extenso círculo de terreno liso, se levantaban grandes montones de paja y rubias pilas de trigo ya aventado. Sacos repletos de grano esperaban en larga fila listos para pesarlos.

La comitiva buscó acomodo sobre la paja mulli-

da en dispersos grupos. Hacia el poniente, el sol lanzaba sus últimos rayos detrás de las lomas que se coronaban de franjas de oro, transformando los campos desnudos, con la rojiza claridad muriente, en paisaje de maravilla, impregnado de dulzura y de ensueño.

Mientras los niños corrían por la era persiguiéndose, saltando sobre los montones como cabritillos, y dejándose rodar desde lo alto de las pilas de trigo en medio de gritos de alegría, don Pancho y la señora Domitila fueron a sentarse sobre el centeno, en compañía de Humilde y de Baltasar.

El joven sentíase poseído por indefinible embriaguez. Buscaba los ojos de Humilde para depositar en ellos el flúido de pasión que comenzaba a florecer en su alma. Sentía que las lágrimas se agolpaban a los ojos, sin motivo; no sabía si de alegría, de agradecimiento o de dolor. La tristeza del atardecer penetraba a su corazón con violencia lacerante y lo llenaba de místico arrobamiento. Hubiera deseado arrodillarse y murmurar no se sabe qué oración fervida y candorosa.

¿Correspondería ella a las sollicitaciones de su corazón? Baltasar no hubiese podido asegurarlo. Por momentos, los grandes ojos bellos, quietos bajo la sombra de las pestañas, parecían humedecerse de emoción, pero luego huían y se clavaban en el suelo con resignada fijeza, como si una fuerza extraña los obligara a obedecer.

Durante la tarde, Baltasar no pudo reanudar la sabrosa conversación iniciada por la mañana en el huerto, y ahora pretendía acercarse a la joven para deslizar algunas palabras que tradujesen su estado de ánimo. Pero Humilde no lo permitió; durante todo el tiempo retuvo junto a sí, como un escudo, a una de sus hermanitas pequeñas, limitándose a responder con vaga sonrisa a las insinuaciones de Baltasar.

La señora Domitila rogó a la joven que cantase en honor del visitante. La joven tomó la guitarra que le ofrecía uno de sus hermanos, y mientras aparecía en el horizonte la luna sobre el campo recogido en el silencio de las sombras que se habían apoderado de él, Humilde entonó con voz suave y límpida algunas canciones. ¡Ah, el cantar del pueblo! ¿Qué tienen sus cantos que penetran tan profundamente en el alma? Toda la sentimentalidad dormida en los seres primitivos parece escaparse en las sencillas estrofas, como una queja inconsciente del espíritu aprisionado en la vulgar materia.

...Por qué te quiero tanto!
no lo sé, no lo sé;
mis ojos vierten llanto,
y por qué, y por qué!...

Así solloza la voz de Humilde, y hay en esta queja desolada como un llamamiento, como un invisible aleteo de paloma herida, que pide consuelo a un sér

que ha de bajar por un rayo de luna a socorrerla, a mitigar el ansia de amor que la consume.

Baltasar se imagina que es a él a quien pide Humilde un apoyo, y mentalmente responde a la joven que está dispuesto a morir por ella, por su amor inocente y puro. Pero la voz de Humilde se hace de pronto más dolorida, y clama esta vez con mas desgarramiento que en la canción precedente:

Para angustias, tormentos y penas,
a este mundo fatal yo he venido
y tan sólo a la muerte le pido
que a tus pies me permita expirar!

Baltasar se rebela al escuchar esta nueva estrofa. «¿Por qué ese fatalismo desolado? ¿Por qué, linda flor, has de nacer sólo para el sufrimiento, cuando la vida es tan hermosa a tu alrededor? ¿Es que tu corazón ha recibido algún desencanto, o es que pesa sobre tu vida el abatimiento secular de una raza oprimida? Estrellita, jazmín de mi huerto yo te cuidaré...!»

...Más no creas que loca me atreva
a inspirarte un cariño imposible...

Oh! Baltasar no puede soportar ya por más tiempo. «¿Por qué va a ser imposible? ¡Pero si ya la adoro, y apenas la he conocido esta mañana! Mi vida

entera la colocaré a tus pies, y nada podrá impedir-me que sea tu esclavo»!

Y la voz de Humilde, como si escuchase este mudo juramento, cobra dulzuras extrañas para decir:

has prendido en mi pecho un hoguera
del más puro y más férvido amor...

Poco después la voz calla y Baltasar, que tenía pocos momentos antes un borbotón de palabras a flor de labios, se siente intimidado ante el silencio.

«¡Qué tonto! ¿No ha tomado por verdaderas todas las quejas de las canciones que Humilde no hace más que repetir? ¡Pero si ella no tiene por qué ser desgraciada, ni sentir angustias, ni menos amor por él, un desconocido!»

Y se limita a decir en voz alta alguna frase banal de elogio.

—¡Qué bonita canción!... Canta usted con mucho sentimiento...

Humilde lo mira sonriendo, y vuelve la cabeza hacia el campo invadido completamente por las sombras. Luz de luna platea los lomajes, y en las partes oscuras parecen moverse seres alados que se persiguiesen en un juego silencioso. En el pantano próximo, los sapos elevan hacia el cielo estrellado una canción rústica y sencilla. Los chicos, tendidos en los montones de paja, se han dormido formando un grupo. La señora Domitila escucha, en actitud som-

nolienta, con su niño en las faldas, mientras don Pancho cabecea haciendo esfuerzos para dominar el cansancio.

La madre se levanta, y dice:

—Vamos andando... Se ha hecho tarde.

Don Pancho repite:

—Se ha hecho tarde...

Humilde se levanta y, al volver la cabeza hacia Baltasar, éste cree percibir en sus ojos una lágrima que brilla semejando un diamante bajo la claridad lunar.

Regresan en silencio, como si una pena oculta pesase sobre sus almas. Al llegar al patio de las casas, divisan sombras que se mueven bajo el sauce y una ascua roja que brilla con intermitencias en la obscuridad. Es Juan Ramón que espera fumando un cigarrillo, junto a los caballos ensillados, listos para partir.

DE regreso a «Las Pataguas», Baltasar camina al paso de su cabalgadura, embebido en hondas meditaciones. Junto a él marcha Juan Ramón, quien da muestras de impaciencia por la calma de su amo.

—¿Qué le parece, don Baltasarito, que galopáramos un poco?

Baltasar no responde. Contraído el ceño, inclina la cabeza sobre el cuello del caballo. En el silencio de la noche, los cascos resuenan sobre el duro camino como si golpearan sobre hueco. La luna se alza en el cielo como el blanco rostro de una novia ideal, y proyecta sobre el camino la sombra de los dos caminantes. Un ambiente tibio, con olor a tierra asoleada, se mueve en suaves ondas sobre la campiña.

Juan Ramón insiste:

—Es un decir, patroncito.. ¡A este tranco no llegamos en toda la noche!...

Baltasar levanta la cabeza y responde:

—Mejor... Está tan linda la luna!

—Pero la cama está bien buena también... Mañana tengo que levantarme de albita para traer del pueblo el caballo rosillo de su mercé...

—No seas majadero, Juan Ramón!...

El mocetón guarda silencio y, para disimular su inquietud, silba a la sordina una canción de campo. Baltasar vuelve a ensimismarse. De este modo caminan durante largo trecho, hasta que Juan Ramón se decide de nuevo a interrumpir las cavilaciones de su amo.

—El año pasado mataron a uno por aquí cerca...
—dice.

Baltasar no hubiera hecho caso a esta advertencia maliciosa, si su caballo no se hubiera detenido bruscamente en medio del camino, con las patas tiesas y las orejas erguidas, resoplando por las narices con fuerza.

—¿Qué hay, Juan Ramón?

—No es ná... Es que los caballos han visto las luces que le prienden al finao...

En efecto, a pocos pasos se erguía uno de esos túmulos de piedras que se elevan en los campos y que indican el lugar en que se ha cometido un crimen. Resguardadas del viento por algunas latas mohosas, ardían algunas velas a medio consumir, de esas que nunca faltan en tales lugares, encendidas por almas temerosas del misterio de la muerte, en pago

de servicios de ultra tumba prestados por los difuntos.

—Ahí mismito fué donde lo mataron, dice Juan Ramón, señalando el túmulo.

Espoliados por sus dueños, los caballos prosiguieron su camino.

Baltasar pregunta:

—¿A quién mataron?

—¿Entonces no supo, su mercé?... a mi compaire Zacarías Avendaño... inquilino de «El Pantano»....

—¿Y quién lo mató?—interroga Baltasar, vivamente interesado por tratarse de un hecho ocurrido en el fundo de Humilde.

—¿Quiere que le diga, don Baltasar?... Yo no podría decir quién mató a mi compaire... pero yo estoy casi segurito de que fué una persona que yo conozco...

—¿Quién?...

—Si su merced me lo permite... yo se lo diré... Continás que todo el mundo lo dice... en voz baja... si se quiere, pero lo icen...

—¿Y el juez no ha castigado al culpable?

—¡Psch!... Cuando hay plata, no hay justicia pa los criminales, patrón!

—¿Y quién crees tú?...

—¿No se fijó en ese guaina bien pareció que nos topamos al llegar a «El Pantano»?

—¿El primo de Humilde?

—El mismo... Ese es el que mató al pobrecito de mi compaire. Don Saúl Araneda se llama el asesino.

—¿Y por qué lo mató?—dice Baltasar, conteniendo un estremecimiento de frío que le recorre el cuerpo.

—Por cuestión de mujeres, dicen. Mi compaire estaba casao con una parienta mía, la Dorotea, bonita muchacha, aunque me esté mal el decirlo. Don Saúl la cortejaba de firme, y mi compaire estaba celoso. En unas topeaduras que hubo en «Las Pataguas» el año pasado, se encontraron los dos hombres, se palabriaron, y don Saúl entonces se la juró a mi compaire.

Juan Ramón guarda silencio un instante, y luego añade:

—Pocos días después, amaneció muerto ahí onde le dije, con una cuchillada en el vientre y un machetazo en la cabeza... Así son las cosas de la vida... Además de quitarle su mujer, lo despachó pa el otro mundo!... ¿Tiene cigarros, su mercé?... ¡Tengo unas ganas de pitar!

Baltasar le alarga un cigarrillo, y exclama:

—¿No hubo nadie que acusara al culpable?

—Si hubo... y el guaina alcanzó a estar preso; pero los Aranedas tienen parentesco con el juez, y se le echó tierra al asunto...

Caminan en silencio. Los pasos de los caballos adquieren por momentos un compás solemne. En

las lejanías, aulla lastimero un perro. Por la campiña se mueven vagas sombras, espejismos sin duda, agrandados en la soledad por la imaginación exaltada.

Juan Ramón añade, después de encender un cigarrillo:

—Ahí tiene usted lo que son las cosas. Pocos meses después del proceso, Filidor Campos, que declaró en contra de don Saúl, apareció muerto por casualidad, ahogado a la orilla del estero del Tugal.

—¡Otro crimen!

—Yo no sé ná... Pero el «niño» es de los güenos... Alguien asegura que lo vieron en el salteo de «El Boldo», al otro lado de «Las Cruces»... Dicen que está en connivencia con Pancho «el Largo», capitán de una partida, y otros aseguran que el verdadero capitán es él mismo...

—¡Eso dicen!

—Bah! y si así no fuera ¿de qué vive entonces don Saúl? Su padre es pobre... él no trabaja en ná... ¿Y no lo vió al entrar a las casas del Pantano? ¡Anda siempre de punta en blanco, y en las remolienpas bota la plata a puños!

Baltasar vuelve a entregarse a sus cavilaciones. Juan Ramón fuma. Al cabo de un instante, el muchacho dice:

—Tenga cuidado, don Baltasarito; tenga cuidado con ese peine... porque lo quiero se lo igo...

—¿Qué dices?

—Que don Saúl anda siempre junto con la señorita Humilde, y aseguran que entre ellos hay más de algo...

Baltasar echa centellas por los ojos

—Cállate, Juan Ramón, si no quieres que...

Juan Ramón hace un vago ademán de defensa, y dice con timidez:

—¡Es un decir, don Baltasarito, un decir nada más, para que tenga cuidao!

Pero Baltasar no le escucha. Pica espuelas a su caballo y emprende el galope con el ceño contraído, los ojos fijos con dureza en la obscura lontananza. Los cascos de su caballo parecen herir con rabia el duro suelo; sus manos se contraen nerviosas.

DESDE ese día Baltasar perdió su natural alegría juvenil, y más de una vez se le vió pasearse a lo largo de los corredores del caserón de campo, con la vista fija en un punto indeterminado, como si buscara la solución de algún problema.

—¿Qué estás enfermo, niño?...—preguntábale tía Lolo. Te veo muy afligido.

—No, tía... Son estados de ánimo... ¡Ya pasarán!

Dos veces durante una semana volvió a «El Pantano» con diferentes pretextos. La primera vez no halló a Humilde en casa, y supo, de labios de don Pancho, que había salido al pueblo en compañía de su madre con el objeto de hacer algunas compras. La segunda vez encontró en el patio el caballo de Saúl Aranedá; ese día, aunque el primo no asomó por ninguna parte, Humilde recibió a Baltasar con aire fugitivo e inquieto, como si temiera la vigilan-

cia de alguien que la atisbara por las rendijas de la puerta. Volvía la cabeza, con mal disimulado sobresalto, hacia afuera, y contestaba a las palabras del joven con frases vagas, de simple cortesía.

Si la primera vez regresó Baltasar con la desagradable impresión de vacío que producen los deseos frustrados, en la segunda visita se trajo el acre amargor que se experimenta al recibir un golpe en plena cara.

Una sola esperanza guardaba aún Baltasar: la señora Domitila había prometido visita a la dueña de «Las Pataguas» para el próximo día festivo, y entonces tendría ocasión de hablar libremente con Humilde. En espera de ese momento, pasó horas de febril inquietud, repitiendo mentalmente todo lo que debería decirle a la niña, y anticipando las posibles respuestas.

Comenzaría por preguntar si tenía libre su corazón, explicaría, en seguida, la impresión que le causara el día en que la conoció, y concluiría por decirle que la amaba ya con un cariño fuera de toda razón.

Porque estaba loco... era verdad; Humilde se había apoderado de todos sus pensamientos, y ya no podía ver las cosas que lo rodeaban sin enlazarlas en la mente con la suave imagen de ella.

Cuando llegó el día Domingo, Baltasar anduvo desde el alba dirigiendo los preparativos de recepción. Las más gordas aves del gallinero fueron ofrecidas en holocausto a los huéspedes, y las flores pre-

feridas del jardín, pasaron a adornar con derroche el comedor y el salón de la casa.

En repetidas ocasiones, durante la mañana, salió Baltasar al camino de «El Pantano» para ver si aparecían los que esperaba,

Era un día de calma absoluta. El cielo no estaba empañado por la más ligera nube, y el sol imperaba sobre el recogimiento de los campos. Se veía, desde la parte posterior de las casas, la carretera deslizándose por bajos y lomas en perezosa ondulación de sierpe aletargada. Allá muy lejos, en el punto en que parecían juntarse el cielo y la tierra, se divisaba, de vez en cuando, una nubecilla de polvo sobre el camino. El corazón de Baltasar palpitaba con violencia, e intensificaba la potencia de las pupilas para distinguir a los que se acercaban. Poco a poco iba agrandándose la nubecilla, se perdía por momentos detrás de una loma, y volvía a aparecer hasta que, de pronto, surgían en un recodo las siluetas en su tamaño natural. Desencanto; era una pareja de huasos endomingados que pasaban cargados de paquetes, haciendo tintinear sus grandes espuelas, con sus mantas de color y sus anchos guarapones, o asomaba una carreta que se arrastraba rechinando una doliente canción de aburrimiento.

Por fin, muy cerca ya del medio día, llegaron los dueños de «El Pantano» acompañados de su hija Humilde. Ella venía bellísima. El calor y la agitación de la caminata coloreaba ligeramente sus mejillas, y

sus ojos relucían con una viveza febril y acariciadora.

Mientras tía Dolores hacía los honores de sus huéspedes con la sencilla nobleza que realzaba sus actos más triviales, Baltasar colmaba de atenciones a la joven, rodeándola de un círculo de afecto que la halagaba y confundía. Cuidó personalmente bajarla de su montura, y luego recomendó a Juan Ramón que cuidara de modo especial de su caballo; hizo acompañar a la joven con una sirvienta a las habitaciones de su tía para que se arreglara sus ropas y limpiara sus vestidos del polvo del camino; la sirvió personalmente un refresco para que humedeciera la garganta reseca por el calor, y la llevó en seguida a los lugares más frescos del corredor para que descansara.

Demostraba Baltasar la actividad y la alegría de otros tiempos, ejerciendo todos estos menudos servicios con la comedida actitud de un señor rendido, dispuesto a agradar a su dueña. Humilde agradecía con blandas miradas. Sus apacibles ojos se detenían conmovidos en las pupilas de Baltasar y le decían, en su acariciante mudez, que no merecía las atenciones que con tanta gentileza le prodigaba.

En el almuerzo, tía Lolo ocupó un asiento entre don Pancho y la señora Domitila; Baltasar y Humilde quedaron frente a frente en la mesa, separados por enormes búcaros de flores y ramas de helecho. Entre la verde ramazón florida, los ojos de

Baltasar buscaban los de la niña, y ella se abandonaba a este inocente juego con una coquetería ruborosa que le prestaba doble encanto.

Durante el almuerzo, don Pancho y misiá Domitila hablaron de las cosechas, de la rendición de las papas y de los posibles precios del trigo. Tía Lolo escuchaba con atención, y respondía con bondadosa sonrisa a las insistentes majaderías de los buenos campesinos. Inconscientemente, los forasteros rendíanle homenaje a la vieja dama, a pesar de sus esfuerzos para disimular su aturdimiento al encontrarse bruscamente en aquel medio de relativa elegancia. Imponíanles los vetustos muebles de caoba y los pesados servicios de plata, el brillo de las cristalerías en los armazones. Llamábanla afectadamente «vecina», como haciéndole sentir que eran sus iguales, y buscaban ocasión de hablar al desgaire de sus relaciones con personas influyentes de la localidad, y de sus parentescos con algunas autoridades del pueblo.

Sin desearlo, tía Lolo volvíalos a la realidad con una sencilla frase de evocación.

—Ah, sí!... Recuerdo haber conocido al padre de los Araneda. Muy buena persona; Policarpo, mi marido, lo estimaba mucho!

Ningula mala intención había en tales palabras; pero las pobres gentes enrojecían hasta las orejas al recordar que sus antepasados habían sido sirvientes de los dueños de «Las Pataguas».

Como la señora Domitila procurase adular a tía Lolo, hablándole de la riqueza de sus posesiones, la buena señora respondió:

—No vale demasiado todo esto, nó...! Hubo un tiempo en que todas las tierras de las cercanías pertenecieron a mis antepasados. Mi tatarabuelo, Elías del Solar, recibió, en pago de sus servicios al rey, una encomienda que abarcaba un departamento entero, y el título de marqués de la Rosa Florida. Poco queda de su pasado esplendor; unas pocas propiedades, que dan apenas para vivir.

Hablaba sin darle mayor importancia a sus palabras, resignada a su suerte de relativa mediocridad, codeándose con sus rústicos amigos en una confianza de sér intangible, que ningún contacto puede manchar.

Baltasar, mientras tanto, conversaba con Humilde y la atendía con exquisita cortesía, cuidando de que nada le faltase a su alrededor.

Después de almuerzo, tía Lolo y sus invitados pasaron al corredor que miraba hacia el oriente, dando espaldas al sol de verano. Una frescura de sótano atemperaba esta parte del caserón; por sus pilares subían enredaderas frondosas, madreselvas, flores de la pluma y yerbas que se entrecruzaban para formar arcadas, entre las cuales se veía el paisaje inundado de luz fulgurante.

Don Pancho se arreplantigó en un cómodo sillón de brazos y, bajo la influencia del vino, de la abun-

dante comida y de la costumbre adquirida, muy pronto fué sumergiéndose en agradable sopor, hasta terminar por quedarse profundamente dormido.

Su mujer lo despertó de un codazo, a la disimulada, y el pobre hombre, con los ojos muy abiertos y haciendo visajes horribles, dió algunas excusas. Baltasar lo tomó cariñosamente de un brazo y lo condujo a su cuarto.

Estaban sentadas en el corredor tía Lolo, Humilde y su madre, cuando ocurrió un hecho curioso. La señora Domitila hablaba de sus relaciones, dándose importancia de gran dama, cuando acertó a pasar por allí la cocinera de «Las Pataguas», vieja gorda, luciente y bonachona, que servía a la casa desde que era pequeña. Llamóla tía Lolo para indicarle que, si iba a la huerta, recogiese alguna fruta fresca para los invitados. La mujer se detuvo a cierta distancia, y después de varias vacilaciones dirigió la palabra a la señora Domitila, que volvía el rostro en sentido contrario, turbadísima.

—¿Cómo está?... ¿qué no se acuerda de mí?

La señora Domitila se agitó en su silla como si la pincharan agujas por todo el cuerpo. La situación hubiera cobrado caracteres angustiosos, si Humilde no la hubiera resuelto con un rasgo de llaneza, digno de su corazón ingenuo; acercóse a la vieja sirvienta y la estrechó en efusivo abrazo. «¡Qué gusto de encontrarte, Petita; tanto tiempo que no te veía!»!

—¡Niña!—respondió, severa, la señora Domitila.

—¡Pero, mamá!—repuso Humilde.—¿Qué ya no te acuerdas de la Petita? ¡Cómo se hubiera alegrado la Graciela de ver a su madrina!

La señora Domitila, dominando su turbación, muy erguida en su asiento y los labios fruncidos, se limitó a lanzar un frío: «¿Cómo está Peta?».

La buena mujer respondió con cariñosa complacencia.

—Yo estoy bien, comadre, gracias... ¿Y por su casa, buenos?... ¿Y el compadre, y mi ahijadita?

Era tan sencillota la pobre Peta, que no comprendía la imprudencia de su actitud, y si no hubiese sido por el respeto que le inspiraba su señora, se hubiese acercado a darle un abrazo a su comadre, que la observaba con espanto.

—Anda, Peta...—dijo tía Lolo, que seguía la curiosa escena con sus ojillos maliciosos y socarrones.

—Anda y trae frutas a las visitas.

La vieja Peta hizo ademán de alejarse.

—¿Me da permiso, señora,—dijo Humilde,—dirigiéndose a tía Lolo, para acompañar a Petita a la huerta...?

—Vaya, hijita,—dijo ella cariñosamente.—Y que la acompañe Baltasar.

El joven había presenciado parte de la escena desde el umbral de la puerta; conmovido por la actitud de la joven, se acercó al grupo y dijo con suavidad:

—Con mucho gusto... ¿Vamos, Humilde?

EL verano descargaba su látigo' de llamas sobre los cerros dorados de espigas y sobre los valles verdes cruzados de acequias murmurantes. En los campos, los animales buscaban la verde protección de los árboles. Acá, en las granjas, las aves soñolientas sacudían sus plumas o buscaban un pocó de agua fresca bajo los setos vivos de los huertos, por donde solía pasar un hilillo de agua cristalina desbordada de los canales.

—Hace calor—murmuró Baltasar, desolado de no poder ofrecer a su amiga un paseo más agradable. Habían buscado un poco de frescor bajo los árboles de la huerta, pero ni los altos nogales con sus hojas transparentes, ni las higueras, con su espeso follaje inclinado hasta el suelo, como alas cobijadoras, ni los esbeltos cerezos con sus largas ramas derechas, ni los perales cargados de frutos olorosos, fueron capaces de ofrecerles la suficiente protección contra

la atmósfera candente. Cansados de caminar por la extensa arboleda en busca de un refugio, se detuvieron junto a los membrillares que formaban una tupida ramazón en el fondo del huerto. El pálido rostro de Humilde se había coloreado ligeramente. En la frente, bajo las ondas suaves de sus cabellos, brotaban algunas gotitas cristalinas, y sus ojos parecían haber adquirido un suave fulgor aterciopelado.

—¿A dónde se habrá ido esta mujer?—murmuró Humilde, buscando con la vista a la sirvienta.

Baltasar hizo pantalla con las manos para librarse de la luz cegadora, y luego murmuró, señalando entre las ramas de los árboles:

—Allá la veo... Está recogiendo frutas bajo aquel peral...

Esperaron. Baltasar volcó un grueso tronco seco e invitó a sentarse a la joven. Sentóse y como lo viera a él de pie, observándola entre las hojas mientras masticaba la punta de una ramita, recogió su vestido y le ofreció un lugar junto a ella. Al sentarse Baltasar, quedaron tan cerca el uno del otro que casi se rozaban por los hombros.

El joven percibía un perfume de carne femenina, la palpación tibia de su sangre caldeada por el sol y el blando vaivén de su seno juvenil. Miró de soslayo el rostro de su amiga, y le fué menester un verdadero esfuerzo para ahogar sus deseos de estrecharla y besarla a plenos labios, morder su redonda barbilla semejante a una fruta fresca.

—Humilde...

Ella lo miró entre ruborosa e incitadora.

—¿Qué quiere?

Baltasar bajó los ojos, recogió del suelo un pequeño guijarro y se limitó a decir:

—¡Qué agradable es la vida a veces!

Ella no contestó. Levantó los ojos hacia la techumbre de finas hojas cubiertas de pelusilla, y dijo picarescamente, rehuyendo la respuesta:

—Mire... mire allá arriba!...

—¡Un picaflor!

Una avecilla, ligera y tenue como un insecto, se detuvo un segundo sobre sus cabezas, moviendo sus alas con una vibración que las hacía invisibles. Se dijera una flor tornasolada que pendiese, en el aire, de un hilo de luz, besando con el aguzado punzón de su pico el jugo de las frutas maduras. Pero un rápido e inesperado giro lo llevó lejos, silenciosamente, tal como había llegado.

Como si hubiera sobrevenido una paralización en la atmósfera sofocante, ni una sola hoja de los árboles se movía. Una gallina, entontecida por el calor, pasó corriendo junto a ellos con las alas extendidas y fué a cobijarse bajo una mata de malva silvestre. Humilde plegó los párpados y extendió lánguidamente las manos sobre sus faldas, como si el sopor de la siesta comenzara a invadirla.

Por la mente de Baltasar cruzó rápida una idea que cobró por un momento el relieve de la realidad.

Se vió inclinando el rostro y buscando los labios con un movimiento pausado. Humilde no haría un solo movimiento de resistencia; por sus labios tibios pasaría la sangre en lentas oleadas; abriría los párpados y sonreiría. Baltasar la besaría una y otra vez en la boca, en las mejillas perfumadas, en los ojos de sedosas pestañas, en la blanca frente y en los cabellos suaves. Humilde le echaría los brazos al cuello ¡que dulzura!... La visión pasó. El aroma de los campos parecía exhalarse por todos los poros de la tierra y de las plantas, como una muda ofrenda de voluptuosidad exuberante. El canto de las chicharras llegaba a través de los árboles como una palpitación de la naturaleza que se ofrecía en ese momento plena y confiada.

Se acercaban pasos y se oyó el roce de un cuerpo entre las varillas de los árboles. Apareció bajo los cerezos la rubicunda figura de Peta, sudorosa, cargando fatigosamente un canasto de frutas.

—¿Qué hay, niños?... ¡Salir con este calor!... Mejor sería que se fueran al puquio de las Pataguas... Allí debe de estar fresquito...

Fué una idea luminosa que hizo levantarse bruscamente a Baltasar.

—¿Vamos, Humilde?—propuso.

—Vamos...

Peta dejó el gran canasto en el suelo y cogió de él algunas frutas.

—Peras de agua... ¿quieren?... Yo tengo que ir a

la huerta del puquio a cortar choclos y repollos para la comida...

Se pusieron en marcha. Atravesaron por una puertecilla y fueron a dar a una ladera de tierra roja por la cual bajaba serpenteando un caminillo faldero.

Peta marchaba adelante. Humilde y Baltasar la seguían.

—¡Qué maravilla!—exclamó Humilde a medida que se acercaban al bosque.—¡Bien me habían dicho que esto era muy lindo!

A la sombra de los grandes árboles centenarios se guarecía la huerta, y sobre su cerco rústico asomaba el verde follaje de los maíces altos, como lanzas araucanas, y de los frejoles que enredaban sus zarcillos en las plantas vecinas. Los girasoles y las flores de zapallo asomaban también sus rostros dorados en complacida sonrisa bonachona.

Dejaron a Peta ocupada en arrancar provisiones para la comida, y se fueron en busca del agua cristalina y de la sombra protectora.

Baltasar observaba a su amiga. Notaba en ella una secreta alegría, mayor libertad de movimientos, como si la hubieran desatado por un instante de invisibles ligaduras. Desde que la había conocido, Humilde parecía siempre con el espíritu ausente, envuelta en una melancólica atmósfera que la separase de los que la rodeaban, con sus bellos ojos vueltos temerosamente hacia un punto distante que

los atrajese y aterrorizase al mismo tiempo. Ahora marchaba confiada, con el alma libre y llena de alegres pensamientos. La agitación de la marcha había hecho desaparecer la palidez de su rostro, que le diera un aspecto de ser vampirizado, y su cuerpo joven y ágil perdía el encogimiento monjil que le era habitual.

—Ya estamos...—murmuró Baltasar, quitándose el sombrero y enjugándose el rostro sudoroso.

Penetraron, por el caminillo, bajo la solemne frondosidad de las altas pataguas. Los troncos agrietados se elevaban como rústicas columnas hacia la bóveda de ramas, que ocultaban la luz del sol casi por completo. A sus pies, en el suelo cubierto de hojas secas y ramitas podridas, las raíces terrosas se entrecruzaban como venas descomunales de la tierra o como brazos petrificados de pulpos gigantes. El silencio sonoro del bosque y la frescura de subterráneo que los rodeaba, les infundió un inefable bienestar.

—¡Qué fresquecito está aquí!—murmuró Humilde —Y pensar que a pocos pasos la tierra está como un horno!

En un espacio circular rodeado de troncos cubiertos por enredaderas y pequeños arbustos, en un sitio en que las ramas de los árboles formaban una bóveda más espesa que en otras partes, bajo la verde claridad que prestaba misterio al ambiente, había una depresión del terreno. Apartando los helechos

que lo rodeaban, aparecía el agua cristalina, como un espejo oculto y limpio, que parecía mirar hacia lo alto con una mirada de místico embeleso. Una escalera labrada en la misma tierra húmeda y arcillosa, permitía bajar hasta el fondo. Allí venían las gentes de los contornos, como pastores de leyenda bíblica, en busca del agua fresca, y volvían con sus cántaros de barro rebosantes del precioso líquido. Más de un idilio campesino floreció en la perfumada alfombra de violetas silvestres que rodeaban la fuente, y más de una vez se unieron dos labios sedientos en un beso de amor, no menos dulce que el agua de la solitaria vertiente.

—¡Qué hermosura!—repitió Humilde, juntando las manos en adoración.

Su figura, vestida de blanco, adquirió en la penumbra una diafanidad misteriosa. Una ninfa del bosque no tuviera para Baltasar el encanto de la joven avanzando como fascinada por la mullida alfombra de yerbas verdes.

—¡Sentémonos a descansar!—propuso el joven. Baltasar cogió para ella una brazada de helechos y luego, como Humilde manifestara deseos de beber del agua de la fuente, él cortó una gran hoja de nenúfar, y, ahuecándola en embudo, ofreció a la niña el líquido entre sus dos manos extendidas. Humilde bebió. Sus guedejas se humedecieron en el agua cristalina. Al erguirse, algunas gotitas se deslizaron

como pequeños diamantes por la comisura de los labios y por la barbilla.

Satisfecha su sed, levantó la cabeza y se enjugó los labios. Baltasar la observaba con dulce emoción. Al encontrarse las miradas, sonrieron dulcemente. En seguida, como dos buenos hermanos que nada tienen que temer el uno del otro, se sentaron sobre la yerba y comenzaron a charlar con sosiego, recordando, a veces, episodios del pasado, divagando otras sobre el porvenir. Humilde hablaba como una colegiala; reía ingenua; demostraba su regocijo interior en una especie de embriaguez inocente. Baltasar, al escucharla, sonreía pensando que el alma de Humilde era más fresca, pura y cristalina que el agua que filtraba la tierra aromosa.

De vez en cuando partía, desde el corazón sonoro del bosque, un grito corto de algún pájaro perdido en la espesura; resonaba como un llamado melancólico que el eco repetía en las concavidades de los árboles. Allá lejos, un grito hermano respondía, aproximándose cada vez más.

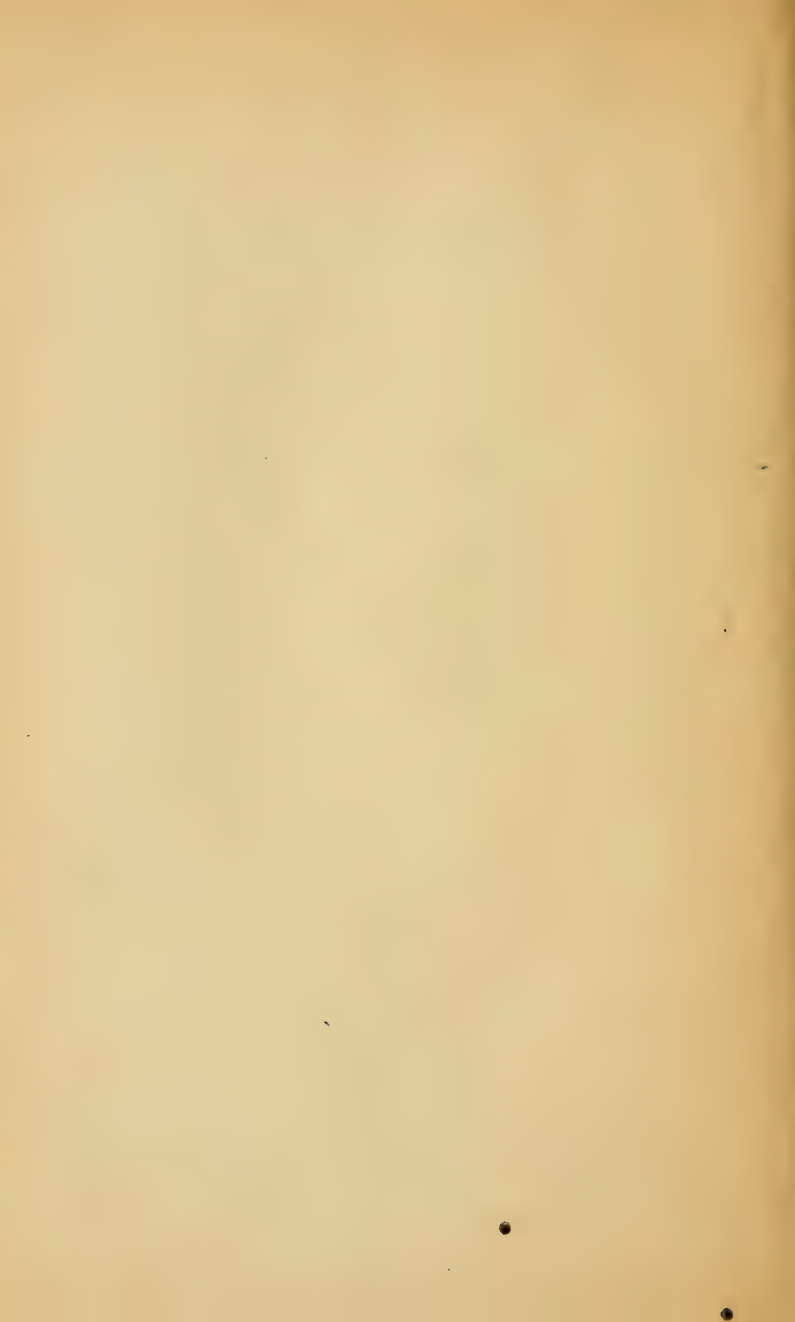
Se desprendían algunas hojas secas de la bóveda verde y caían en espiral, lentamente, produciendo, al tocar el suelo, un ruidecillo que, en conjunto, semejaba un suave parloteo de seres enanos.

Humilde hablaba de su infancia, recordaba su estadía en el convento de la ciudad; ¡qué bien se sentía entre sus muros apacibles y protectores!... Ella hubiera deseado quedarse allí para siempre,

quemando incienso al Señor y cantando en coro ante los altares perfumados. Pero nó... su vida sería muy distinta. Tendría que pasar toda su existencia en aquellos páramos resecos, inhospitalarios, entre campesinos toscos y despiadados!...

Una inmensa compasión brotaba desde el fondo del alma de Baltasar. Hubiera deseado coger entre sus brazos a aquella blanca palomita campesina y preservarla de todos los peligros, rodearla de todas las dulzuras. Escuchándola, soñaba. Soñaba en una existencia de ventura, junto a este bosque cobijador, amparados bajo su verde follaje contra el sol que abrasaba sobre las copas tupidas. Un nido de amor. Lejos de la ciudad tumultuosa y de sus luchas mezquinas. Hijos sanos y vida hacendosa, junto a la madre naturaleza, exuberante y buena...

La voz de Petronila que los llamaba a la distancia, les hizo volver a la realidad; se levantaron para emprender el regreso a través de la tierra seca y caldeada.



ESA tarde comieron más temprano que de costumbre, cuando el sol estaba todavía alto.

Tía Dolores hizo disponer la mesa en el ancho corredor que caía al jardín; el perfume de sus flores se mezclaba al de las que adornaban la mesa con profusión.

Baltasar observaba a la joven, y Humilde devolvía sus miradas sin ninguna reserva. Parecía dulcemente embriagada por este día lleno de emociones. Su timidez se había transformado en confianza, y su natural encanto redoblábase con la casta provocación de sus ojos protegidos por sedosas pestañas.

Sentía Baltasar que la joven comenzaba a pertenecerle; había conseguido absorber su cándido espíritu con su impulsividad masculina. El resto le parecía lo más sencillo. Bastaría hablarle, decirle cuánto era su cariño, para que ella le confesara su rendimiento. Si Humilde hubiese guardado algún

amor para aquel primo que por un instante viera Baltasar como un peligro, bastaría aquella tarde de alejamiento y de intimidación para arrancarla de la influencia de su sombra vampiresca. Aquel primo era el gavilán que pudo fascinar a la avecilla con sus duros ojos cargados de flúidos imperiosos, pero que perdía su poder tan pronto como su víctima lograba sustraerse del círculo de su influjo maléfico. ¿Era posible que la delicada niña pudiese amar a aquel rústico tenorio campesino? ¡Ah, el gavilán! Ya se verían las caras alguna vez!

Tan pronto como terminaron de comer, los huéspedes comenzaron los preparativos; don Pancho, un poco alegre bajo la influencia del vinillo de «Las Pataguas», redoblaba sus atenciones con la señora Dolores, hablándole ahora de futuros negocios que consolidarían su amistad de buenos vecinos. El huaso aprovechaba la ocasión para decidir en su favor viejos pleitos de aguas y de linderos; tía Dolores sonreía. Su compostura señorial, su severo y pulcro vestido negro y sus manos blancas y finas, se acentuaban en contraste con los rudos gestos de aquellos campesinos que movían sus manotas velludas y contraían el rostro para expresar sus burdos pensamientos. Doña Domitila exageraba su familiaridad con la «vecina», hasta el extremo de que poco le faltaba para tutearla. Tía Dolores callaba y sonreía.

Cuando se levantaron de la mesa, el sol comenzaba a declinar. Un vientecillo jugueteón oreaba la

atmósfera. En el jardín, una muchachita regaba las plantas, y la tierra bebía el cristalino líquido y parecía devolver un jubiloso vaho de agradecimiento desde sus entrañas reseca.

A lo lejos, los animales lanzaban largos mugidos, como si expresaran una indecible admiración por el encanto vaporoso que comenzaba a invadir la campiña. Todas las cosas parecían adquirir de pronto dulce y grave melancolía, como si hubieran logrado arrojar, tras violenta lucha contra los elementos canchentes y devastadores, todas las esperanzas que guardaban en su seno.

La naturaleza se rendía, lánguida después del esfuerzo.

En el patio esperaban ya las cabalgaduras, piafando y golpeando el suelo con sus pesados cascos.

—No olvide nunca esta tarde...—murmuró muy bajo Baltasar, mientras ayudaba a Humilde a subir sobre su silla.

La joven inclinó la cabeza y dijo:

—No la olvidaré, Baltasar...

Baltasar arregló el ropón, atendió a que la cincha no estuviera floja, con una ternura exquisita. Humilde agradeció con una larga y húmeda mirada.

Partieron. Baltasar subió a caballo para acompañar a sus huéspedes hasta los lindes del fundo. El camino pasaba muy cerca del puquio del bosque de pataguas. Humilde miró obstinadamente hacia ese

punte, y luego volvió el rostro hacia otro lado como si quisiera desechar un pensamiento importuno.

Baltasar volvió a insistir:

—Recuerde siempre esta tarde, Humilde...

Esta vez Humilde no contestó, y hurtó los ojos de su compañero, que la observaba.

Descendía el sol con solemnidad religiosa. La púrpura imperial de sus rayos encendía el poniente detrás de los lomajes próximos que adquirirían tonalidades oscuras.

Chillidos discordantes se cernían sobre el bosque de pataguas. Centenares de aves de rapiña llegaban de todos los puntos del horizonte, y formaban una algarabía sobre el sombrío follaje. Eran tantos, que por momentos formaban una nube. Se peleaban, chillaban. Volaban pesadamente, mostrando sus rojas cabezas calvas armadas de picos largos y encorvados en la punta, en actitud amenazadora.

—¿De dónde ha salido tanto pájaro?—preguntó Humilde con cierto terror.

—Son jotes, gallinazos... También hay tiuques. Vienen a dormir al bosque, y a la mañana siguiente emprenden de nuevo el vuelo. Llegan en tal número, que basta disparar una bala al bosque para que caiga alguno.

El sol había desaparecido ya. Sólo una enorme claridad, como el lejano resplandor de una hoguera colosal en donde se inmolaran víctimas de un rito

desconocido, encendía el cielo hacia el poniente. Lentamente, el oro líquido iba enfriándose.

Subieron una pequeña cuesta y atravesaron el gran canal del fundo, bordeando las casas y la arboleda. Entonces aparecieron, ante la vista, desolados potreros de lomajes, de tierra rojiza e improductiva, apenas poblada por uno que otro arbolillo de espino. El camino se alejaba serpenteando en vueltas antojadizas, sin cercos que lo limitasen, hasta perderse de vista en la lejanía. Hacía pensar el paisaje en el campo manchego descrito por Cervantes; de seguro, no desentonarían aquí un molino de viento, al fondo del paisaje monótono, y la esquelética figura del sin par caballero andante, acompañado de su fiel escudero, recortándose agrandados contra la claridad del cielo.

Humilde y Baltasar marchaban delante. Don Pancho y la señora Domitila, acompañados por Juan Ramón, caminaban al paso de sus cabalgaduras.

Notaba Baltasar que, a medida que se alejaban de «Las Pataguas», Humilde callaba con obstinación y que comenzaba a dominarla una extraña inquietud. Después de un corto galope propuesto por Baltasar, dejaron muy atrás a los demás; entonces el joven, acercándose a su compañera, le preguntó con suavidad:

—¿Por qué va tan pensativa, Humilde?

La joven no respondió.

Acercándose a ella cuanto le fué posible, y acariciando el cuello de la cabalgadura de su vecina, Baltasar le habló con dulzura y sosiego. Díjole que sentía por ella una atracción profunda; que por ofrecerle un poco de felicidad se creía capaz de todos los sacrificios y de todos los heroísmos; que aceptase su cariño con la seguridad de que sobreviviría a todas las oposiciones; que estaba dispuesto a abandonar sus proyectos anteriores para venirse a vivir al campo, aislarse del mundo en que vivía actualmente para dedicarse exclusivamente a la vida de trabajo; que le dijera una sola palabra y le pediría inmediatamente a su tía que lo dejara en el fundo, en donde comenzaría a construir su nido futuro para recibirla, para hacerla feliz...

Humilde callaba. Parecía conmovida y como si contuviese a duras penas su emoción o su zozobra, mirando, de cuando en cuando, hacia todos lados como si temiese alguna vigilancia extraña.

Baltasar, ensimismado en su ensueño, se entregaba a divagaciones sentimentales.

¡Serían tan felices! ¡Cuántos paseos deliciosos bajo los árboles protectores; cuántos coloquios interminables a la vera de las aguas cristalinas de la fuente, después de un día de trabajo y de fatigas! Traerían un pequeño coche para hacer excursiones al pueblo vecino. Buscarían libros hermosos para leer en las largas noches campesinas, junto a la lámpara familiar. Traerían un piano donde ella pudiera eje-

cutar sonatas a la luz de la luna, que entraría por la ventana abierta sobre los campos silenciosos...

—¿Qué me contesta, Humilde?... ¿No me dice nada?

La joven apartó la cabeza con un esfuerzo violento. Y de improviso, con un golpe brusco de la fusta sobre el anca de su caballo, se desprendió del lado del joven.

Baltasar, desorientado, procuró detenerla.

—¿Qué le pasa, Humilde? preguntó

Ella volvió el rostro inundado de lágrimas y le dijo con voz extraña, que tanto tenía de mando como de súplica.

—¡No me siga!

Y partió en una carrera desenfundada.

Baltasar permaneció en medio del camino como si hubiese recibido un golpe en medio de la frente. No comprendía. Pensó en seguirla; pero la joven iba ya muy lejos y luego temió obligarla a una huida que habría parecido rara. Prefirió volver grupas y explicarle a los padres de Humilde lo que le ocurría. Estos no manifestaron extrañeza.

—No le haga caso, don Baltasar,—díjole don Pancho—. Esta chiquilla es muy regalona. A veces tiene unas cosas...

A lo lejos divisaron a Humilde que se detenía. Miraba hacia atrás, y luego emprendía de nuevo su fuga al galope.

—Devuélvase, mejor, don Baltasar,—dijo la se-

ñora Domitila.—Ya es de noche y se le puede hacer tarde. En los días de fiesta, estos caminos son peligrosos.

Y luego, acercándose a él, le dijo en tono confidencial:

—Yo le preguntaré a la niña lo que piensa y se lo comunicaré...

—Gracias! dijo Baltasar.—Y se despidió.

El regreso lo hizo en silencio, seguido por Juan Ramón, que esta vez respetó las cavilaciones de su amo. Junto con la noche, tibia y clara, apareció la luna en un cielo en el cual parecían haberse dado cita todas las estrellas. A lo lejos se oía el sordo ladrar de los perros, y en la soledad resonaban los pasos de los caballos como si pisaran en un terreno hueco y sonoro.

—Es raro,—murmuró Baltasar, siguiendo el curso de sus pensamientos.

Encendió un cigarrillo y se hundió en un ensueño que debería sin duda ser doloroso por la expresión de su rostro, surcado de pliegues amargos.

ME quiere?... ¿Mucho?... ¿poquito?... ¿nada?...

¿Cuál es el amante que no ha deshojado la simbólica margarita de sus ilusiones en demanda de una respuesta que tranquilice sus dudas de amor?

Mil veces se repetía esta pregunta Baltasar desde la mañana a la noche.

Humilde, la suave flor de los campos que encontrara en su camino ¿correspondía a su amor, que hizo presa de su alma con un imperio hasta ese momento desconocido para él?

Bajo la fronda de los árboles, en la campiña perfumada que se abría bajo el sol como un corazón jubiloso, Baltasar soñaba. Volvía a ver el rostro suave y sumiso de la joven; volvía a sentir la caricia de sus ojos que le producía el efecto de roce de sedas; volvía a escuchar el tímido murmullo de su voz implorante, sus largas pestañas, que parecían prolongarse hasta confundirse con las blancas nubes

que cruzaban en la lejanía de los cerros, en la soñolienta poesía de los azules horizontes de ensueño.

—¿Me quiere? ¿Me quiere?

Y aquella fuga inesperada, aquel lloro silencioso de un alma oprimida por fatales predestinaciones, ¿eran confesión o desesperanza?

Vagaba por el fundo con el alma oprimida por la duda. Recorría las faenas agrícolas con el espíritu ausente, escuchando las quejas o las consultas de los labriegos con falsa atención, dando a cada paso órdenes contradictorias que hacían sonreír solapadamente a sus subordinados.

—¡Güen dar, don Baltasarito!—le decía el bueno de Juan Ramón, al observar las distracciones de su amo.—Parece que el Malo le ha robado el alma...

—¡Quién sabe, Juan Ramón!—respondía Baltasar con tristeza.—No sabría decir si es un ángel o un demonio quien me ha robado el alma!

A menudo se hacía abrir la puerta de un potrero, desmontaba de su cabalgadura, y se tendía sobre el pasto verde, a la sombra de los altos álamos por los cuales subían en confuso asalto las hirsutas zarzamoras o los rosales trepadores.

¡Qué dulzura del ambiente en las mañanas estivales! Las alamedas cierran en rectángulo el pequeño potrero, dándole intimidad de alcoba; en el cielo azul cruzan lentamente nubes diáfanas, alegres, ligeras como veleros que se hacen a la mar; el aire azucarado por el perfume de las flores y de

la yerba pasa en oleadas frescas; murmuran los canales; cantan las tencas y los zorzales; juguetean los novillos, persiguiéndose por el pasto... El campo entero palpita y se estremece bajo las alas invisibles de la brisa matinal.

Baltasar sueña con los ojos abiertos. La vida es buena, la vida es generosa. ¿Por qué no se podrán amar Humilde y él en esta campiña florida? La existencia se deslizaría como un cuento de hadas, felices en su rincón, lejos de las pasiones enconadas del mundo, las cuales vendrían a estrellarse contra los tupidos murallones de las alamedas... Abandonaría sus ambiciones ciudadanas para dedicarse a cultivar la tierra bendita, la tierra pródiga que le ofrecía flores y frutos, alimento para el cuerpo y alimento para el alma.

—¿Me quiere?... ¿Mucho?... ¿Poquito?...

Baltasar vacila. Todo su castillo de sueños se derrumba ante la siniestra nube de la duda.

—Mira, Juan Ramón,—dice bruscamente, volviéndose a su sirviente que cuida los caballos.—Esta misma tarde le vas a llevar una carta a la señorita Humilde...

El mocetón se rasca la cabeza y dice:

—Bueno que lo ha tomado juerte, patrón...

—¿Y a ti qué te importa?—replica Baltasar con el rostro encendido.

—Es un decir, don Baltasarito... Como yo lo quiero tanto a su mercé...

—¡Habla!—dice Baltasar, dulcificando el tono.

—Yo le diría algunas cosas, pero como su mercé se enoja...

—No seas tonto, Juan Ramón... No me hagas caso. Dime lo que quieras.

El mocetón vacila un momento y luego, como si lo venciera un impulso, dice:

—Es arriejao querer a la señorita Humilde...

—Y a mí: ¿qué?... ¿Crees que voy a tener miedo?

—No, patrón. Ya sé que usted es bien de línea. Pero el güaina es traicionero y tiene mala sangre. A don Bonifacio Correa, que quiso casarse con la señorita Humilde, le dispararon dos balazos al pasar por el matorral de «Las Cruces»... Uno le pasó por aquí, cerca de la oreja, y le hizo un agujero a la chupalla; el otro le pegó en el anca del caballo...

—¿Y tú crees que fué él?...

—Yo no digo ná, pero ansina lo icen por ahí. A toítos los que se acercan a la niña de «El Pantano», le pasan desgracias...—¡Será casualiá!... ¡Yo sé de otro güaina...

—¡Basta! Esta tarde le llevas una carta a la señorita Humilde. ¿Tienes miedo?

—Miedo, no, patrón. Pero yo le recomiendo cuidado. El domingo que viene van a haber unas topiaduras en «Los Quillayes»... Él anda diciendo que desafía a los güainas de diez leguas a la redonda a que le pasen a su caballo alazán. Y cuando le hablaron del «Tordo» de su mercé, icen que ijo, mostrando los dientes... «Es güeno el chuzo; pero para

que a mí me pase, se necesita que el jinete sea un hombre, nó una ñecla cualquiera»...

Los ojos de Baltasar despiden centellas... Aprentando las mandíbulas, pregunta:

—¿Eso dijo?

—Sí, patrón... Yo se lo digo para que vea que le tiene ganas a su mercé, y que cuando don Saúl la busca, hay que andar con cuidao...

Baltasar hizo un gesto brusco.

—Bueno, Juan Ramón. En estos días me vas a preparar al «Tordo». Me lo traes a pesebrera, y mucho cuidado con las raciones. El domingo que viene me lo ensillas...

—Está bien, don Baltasar.

—Límpiame mi traje de huaso. La montura chilena, las botas altas, mis espuelas grandes... Ah! y el ramal con puño de plata.

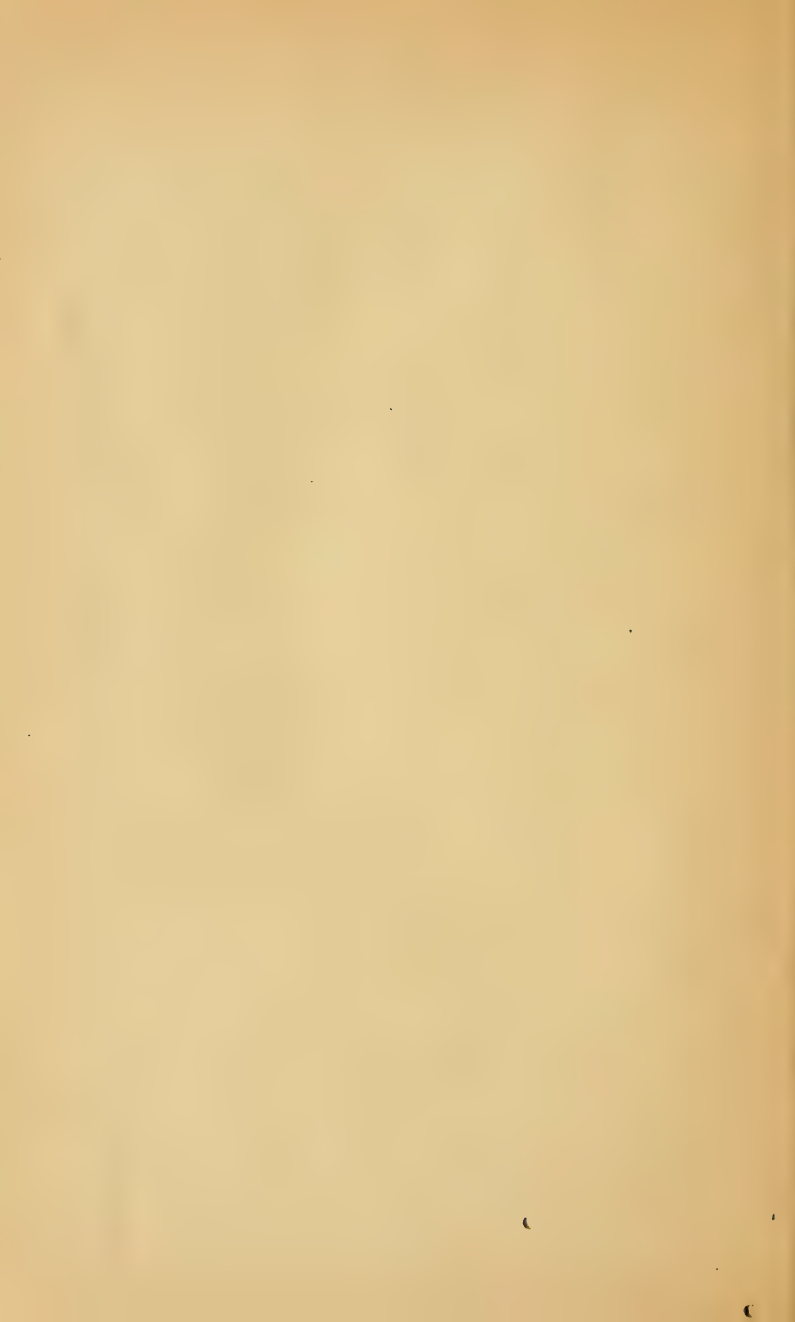
El mocetón hizo un gesto vago de resignación, y se limitó a comentar:

—¡Para qué le diría ná, don Baltasarito!

Baltasar subió a caballo. Bullían en su sangre las combativas energías de sus antepasados. Cuando llegaban a las casas, díjole a Juan Ramón:

—Esta misma tarde le llevarás la carta a la señorita Humilde...

Esa tarde, en efecto, pasó Baltasar encerrado en su pieza, borroneando una larga carta en que expresaba la angustiosa delicia que llenaba su sér, y la ansiedad con que esperaba una respuesta para ser feliz, inmensamente feliz...



EL día Domingo amaneció radioso. Desde muy temprano anduvo Baltasar preocupado de sus preparativos para la lucha que debería librarse en los Quillayes esa misma tarde. Revisó sus arreos de montar, fué a las pesebreras a darle un vistazo al «Tordo», a quien observó las patas para ver si las tenía en buen estado, y, por último, limpió cuidadosamente su revólver.

—Por si acaso—murmuró, observando el fino cañón niquelado.

Después de almuerzo estaba ya listo para partir. Tía Dolores bajó al patio para admirar de cerca la arrogante apostura de su sobrino, de quien estaba orgullosa.

—Es increíble lo que te pareces a tu tío, que en paz descanse,—murmuró la buena señora con emoción.

Erguido sobre su negro corcel, Baltasar recorda-

ba vagamente a un caballero de los tiempos heroicos. Bajo un sombrero de fieltro, que brillaba como un casco, su rostro, adornado de fino bozo, expresaba decisión y fuerza. Su chaquetilla corta de fino paño azul, dejaba ver en la espalda el grueso cinturón y la vaina del revólver, y, terciada al hombro, llevaba rica manta tejida en lana roja. La montura, de alto respaldo, enchapada y claveteada en plata, sostenía el lazo trenzado con el cuero más resistente. Sus botas altas, charoladas en negro, y sus espuelas de grandes rodajas que tintineaban como campanillas al menor movimiento, completaban su bizarra vestimenta.

—Hasta luego, tía...—murmuró el mozo, despidiéndose.

—Que Dios te guarde, hijo,—replicó la anciana.

Picó espuelas a su caballo y salió del patio, seguido por Juan Ramón que también había vaciado el concho de su baúl para engalanarse en este día solemne.

—¡Buena suerte, don Baltasar!—dijo uno de los sirvientes, junto a ellos.

Y recomendó:

—Tenga confianza en el «Tordo», no más. Y si llega el caso, firme con él...

¿Se refería al enemigo o al caballo?

Baltasar sonrió bajo la sombra de su sombrero e instintivamente empuñó su ramal, que colgaba de la muñeca sujeto con firmes correas.



Cuando llegaron a los Quillayes, la fiesta estaba en su apogeo. Desde lejos, se oía el rumor de las voces y el «chivateo» de los campeones.

En una pequeña esplanada había dos enormes «varas», relucientes sobre sus horquetas de madera, formando ángulo recto.

Alrededor de las varas se habían levantado ramadas de follaje verde, sobre las cuales se elevaba el humo azul de las fritangas y el polvo que levantaban los caballos al efectuar sus evoluciones sobre el campo.

En ese mismo instante se decidía un partido. Cinco huasos, de una parte, resistían el empuje de un jinete que hacía esfuerzos heroicos por vencer a sus contendores.

En torno de ellos, al sol o bajo la sombra, había largas filas de jinetes que observaban la lucha, animando con sus gritos a los combatientes y agitándose en un continuo rebullir. Vibraban sus mantas de colores en intensa mancha polícroma.

Baltasar recorrió con la vista el grupo de jinetes, y como no encontrase allí al que buscaba, dió una vuelta alrededor y se dirigió a una de las ramadas. En un rincón divisó a Saúl Araneda, rodeado de algunos huasos. El mozo, corpulento y arrogante; llevaba en ese instante un enorme vaso a los labios.

En cuanto vió a su rival, se acercó y le ofreció el vaso.

Baltasar lo recibió con reservada actitud. El mozo le dijo con sonora voz:

—Salud, don Baltasar, el de «Las Pataguas»...

Baltasar replicó:

—A la suya, don Saúl, el de «El Pantano»...

En torno de ellos se formó un círculo. Los circunstantes preveían el encuentro. Saúl se llevó los dedos pulgares al cinturón con lento ademán, y dijo:

—Me han dicho que el «Tordo» tiene fama para la vara.

Baltasar bebió un sorbo del enorme vaso, lo devolvió, secóse los labios con el pañuelo, y dijo:

—Y a mi me dijeron que el Alazán era el mejor caballo de diez leguas a la redonda, y que su dueño era el más valiente jinete de estos contornos...

Saúl replicó, con ligero desdén en el acento:

—Si así lo dicen!...

Baltasar irguióse altanero sobre su asiento y, mirando friamente a su rival:

—Pero yo digo: ¡habría que verlo!

En el pausado tono del joven vibraba el reto como un fustazo. Saúl palideció; por su rostro orlado de fina barba rubia cruzó un leve estremecimiento, y su mirada se hizo dura como el acero.

—¿Cuánta es la apuesta?—dijo, breve.

—Yo apostaría lo que no se puede decir en voz

alta—dijo Baltasar, ocultando bajo una sonrisa la pasión que lo ofuscaba.

Los dos hombres se escupieron un instante por los ojos todo el odio que agitaba sus corazones. Se comprendieron. Saúl dijo, extendiendo la mano:

—¡Convenido!

—¡Convenido!—replicó Baltasar severamente.

Se estrecharon las manos con rudeza, y se alejaron cada uno por su lado.

* * *

Caía el sol como una lluvia de fuego. Se crispaban las hojas verdes de las ramadas; y parecían arder por momentos bajo la caricia torturante.

Un agrio murmullo se elevaba del conjunto humano sudoroso, lleno de polvo, que rebullía alrededor de las varas y de las ramadas como angustiada obsesión de ebrios.

De las proximidades, partió de pronto un canto triste y chillón como si abrumado por el calor, el tedio y la desesperanza, alguien desahogase su alma, lanzando al aire agudas quejas... Respondía una voz aguardentosa. Groseras risotadas formaban coro en la atmósfera cargada de humo y de polvo.

Alrededor de las varas, un círculo de curiosos, de a caballo o de a pie, alentaban con sus gritos a los combatientes, quienes, a su vez, juraban y chillaban como condenados. Rostros hirsutos, bocas feroces,

dientes carcomidos, aparecían bajo las amplias chupallas. Brillaba la alegría o el odio salvajes en los ojillos inyectados por el alcohol y el movimiento.

—¡Paso!—gritaba uno.

Una atropellada furiosa seguía a este grito de desafío, y luego un chocar de estribos de madera, tintinear de espuelas y aullidos de entusiasmo.

—¡Pasóóó!—respondía el coro de mirones, al ver que un jinete arrastraba a sus rivales, barriendo caballos en confuso torbellino.

Había algo de rudo y de primitivo en el ambiente. La raza nueva que se manifestaba en forma brutal, en torneos que semejaban batallas.

Baltasar comenzaba a impacientarse. Le fastidiaba aquel ruido. Tenía sed. Le sofocaba el ambiente.

De pronto, comenzó a apaciguarse la batahola: Alguien gritó:

—¡Ya viene!

Silenciosamente, los jinetes se apartaron de las varas y fueron a formar parte de los curiosos en un estrecho semicírculo. Entre un grupo apareció Saúl Araneda, alto entre los demás campesinos, montando su hermoso caballo alazán. Avanzó lentamente hasta el centro de la cancha; picó, en seguida, espuelas a su corcel, y emprendió una carrera loca a lo largo de una de las varas y se detuvo en seco con un rápido movimiento de las bridas, que hizo girar a su caballo como un trompo sobre las patas traseras.

En medio de una nube de polvo, que comenzó a

disiparse, apareció entonces Saúl como un caballero de los tiempos medioevales en el momento de presentarse en la arena.

Baltasar lo observaba con rencor y admiración. Era gallardo su rival. Alto, ancho de espaldas, diestro en el manejo del caballo. Una oleada de sangre subió al rostro de Baltasar al imaginarse que ese hombre quería arrebatarse su primero y cándido amor... Y picando espuelas a su animal, salió rápidamente a su encuentro.

Un murmullo de admiración recorrió la fila de espectadores. Ambos rivales eran dignos el uno del otro. Jóvenes, apuestos y ágiles. Azotó Baltasar el anca de su caballo, y lo hizo girar tres veces sobre sus patas traseras. En seguida, repitió la maniobra de su enemigo: una corta carrera junto a la vara, rematada por un rápido giro.

—¡Bravo!—gritaron los espectadores.

Se acercaron al paso del caballo. Se observaron con tranquila mirada.

—¿Quién va primero?—preguntó Saúl.

Baltasar se limitó a sacar del bolsillo una moneda de plata, y la arrojó hacia lo alto.

—¿Cara o sello?—preguntó.

—¡Cara!—dijo con voz breve Saúl.

Se inclinaron desde sus monturas a observar la moneda.

—¡Cara fué!—observó Baltasar—¡A usted le corresponde!

Mientras tanto, arreciaba el murmullo entre los espectadores. Se cruzaban apuestas. Se discutían los méritos de los caballos y de los combatientes. El alazán era alto, recio de patas y de cuello, de partidas ancas y vigorosa cabeza. El negro era un fino caballo con mezcla de raza árabe, pero todo músculos y tendones, pecho y cuello fornidos, y cabeza relativamente pequeña, nerviosa e inteligente.

—Voy cincuenta pesos al negro—dijo un huaso barbudo, con aspecto bonachón.

—¡Conmigo!—replicó otro que salió a su encuentro con un fajo de billetes en la mano.

Mientras los espectadores discutían y apostaban, Saúl se había acercado a las varas. Un leve movimiento de las riendas bastó para que el animal comprendiese de qué se trataba. Sumiso, apoyó el pecho en el tronco sin corteza, pulido y reluciente por el roce; estiró el cuello, afirmó las patas, y esperó con una especie de resignación. Baltasar, a su vez, acercó su cabalgadura a las varas, a cierta distancia, y el caballo adoptó la misma postura del de su rival. En seguida, con un movimiento brusco e inesperado, el cuello se enroscó en la vara, como un semicírculo de nervios, y se deslizó rápidamente contra el enemigo y, sin despegarse del tronco, metió la cabeza por debajo de la del otro; irguió, en seguida la suya con nervioso escarceo, y obligó a retirar la del rival al mismo tiempo que empujaba briosamente: con fingida suavidad apartó el pecho del ca-

ballo enemigo, y pasó con limpieza hacia el lado opuesto.

Un murmullo de los espectadores acogió esta rápida e inesperada maniobra.

Saúl estaba pálido de rabia. Se volvió a Baltasar y le dijo con enconado acento:

—Bien principia, mi amigo... A usted le toca ahora!

Baltasar se acercó a la vara, y el Tordo enroscó su cuello alrededor del tronco, como una serpiente negra fuertemente anillada. Esta vez fué rudo el batallar. Los dos caballos cruzaron sus cuellos como dos espadas, el negro debajo, encima el alazán. Pecho contra pecho pujaron durante breves instantes; luego permanecieron quietos un largo espacio de tiempo. Se dijera que descansaban dormitando, apoyados el uno contra el otro como dos buenos amigos. Pero un observador experimentado podía ver que leves estremecimientos musculares cruzaban a lo largo de sus cuerpos, debajo de la fina piel, y que sus ojos se inyectaban ligeramente por el esfuerzo. De vez en cuando, los jinetes, inclinados sobre las cabezas de los animales, con el cuerpo en tensión sobre los estribos, les acariciaban ligeramente el cuello como para infundirles ánimo, apretaban las espuelas contra los ijares, y los caballos respondían a estas manifestaciones con un nuevo esfuerzo que los estremecía de pies a cabeza.

Un griterío ensordecedor partía de las filas de es-

pectadores. Voces guturales, frases de aliento, ronco murmullo inflamado.

Por un momento, pareció vacilar el fino cuerpo del negro bajo el enorme peso de su enemigo. Reculó un pasó... Saúl requirió las riendas y levantó ligeramente el cuello de su cabalgadura para aprovechar esta debilidad; pero en ese momento, el negro, sin dar tiempo a su rival, arremetió con tal brío, que arrojó hacia un lado al alazán y cruzó hacia el lado opuesto con la rapidez de una flecha.

—¡Bravo!!

Los espectadores aclamaron al vencedor por largo tiempo; algunos huasos penetraron a la arena a felicitar a Baltasar.

Pero en ese momento Saúl, imponiendo silencio con un grito ronco, se acercó a Baltasar, con el rostro congestionado:

—Me queda todavía «la contra»... ¿quiere que la decidamos con el chicote?

Se hizo un silencio profundo. El desafío era serio; sabíase que el mozo no tenía rival para este género de luchas.

Baltasar respondió, sonriendo desdeñosamente:

—¡Si usted lo quiere!

Volvió a despejarse el campo, y esta vez los huasos hicieron más amplio el semicírculo para permitir libertad de movimientos a los combatientes. Reinaba un silencio profundo. Comprendían los huasos que se trataba de odios más enconados que los de

simples rivales de lucha, y que esos dos hombres se disputaban un premio superior a los comunes.

Los combatientes se colocaron uno en cada extremo del espacio desierto, a veinte pasos de distancia.

De improviso, se lanzaron el uno sobre el otro a todo galope del caballo, con el grueso y pesado chicote en alto, el brazo extendido. Chocaron en el centro de la pista con un formidable golpe de los caballos. En seguida se revolvieron entre el polvo, formando un grupo confuso en el cual nada se veía, fuera del agitar en alto de los brazos armados, el brillo de las botas charoladas y de los arreos de plata. Se embestían como fieras, describiendo rápidos giros, descargando fuertes golpes que resonaban con elástico chasquido. Era hábil jinete el campeón campesino; pero el otro había servido su guardia en un regimiento de caballería y, en un buen caballo, se sentía invencible.

De pronto, se deshizo el nudo que formaban los dos rivales, se disipó la nube de polvo, y los espectadores pudieron ver el siguiente cuadro:

Baltasar se erguía sobre su caballo con la manta y el traje convertido en girones ensangrentados, la cabeza descubierta y el cabello revuelto, mientras el caballo de Saúl se apartaba del grupo, sin gobierno; el cuerpo del jinete se encorvaba sobre el cuello de la cabalgadura, y de una ancha herida de la cabeza manaba la sangre en abundancia.

Un grito de horror de los circunstantes y luego una carrera confusa, rodeando a los combatientes.

Entonces Baltasar explicó, señalando un puñal que brillaba entre el polvo.

—Este bandido quiso asesinarme a cuchillo. Ahí está el arma...

Alguien se bajó del caballo y recogió el arma ensangrentada.

—Quiso matarme; pero creo que lo he castigado —prosiguió Baltasar, levantando en alto el puño de plata de su «ramal».

Los circunstantes los rodearon en dos grupos: uno, el de los amigos de Baltasar; y otro, que se llevó a Saúl lejos para lavar y curar sus heridas que lo mantenían desvanecido.

Bajo el sol ardiente, aquel parecía un cuadro de los tiempos pretéritos, cuando los hombres rudos se encontraban en los campos para dirimir sus contiendas sin ayuda de la justicia.

Por los campos inundados de luz, que ofendía la vista, se extendía el sordo rumor de sus voces ásperas y pesadas, que se arrastraban y se perdían en las lontananzas azules.

AL día siguiente de la jornada de sangre y de pasión, Baltasar despertó con el cuerpo y el espíritu quebrantados.

Una intensa melancolía se apoderó de su ánimo. Durante la noche permaneció todo el tiempo desvelado, pensando con desesperación que jamás volvería la aurora, que jamás el sol animaría la tierra de nuevo, y que el mundo debería permanecer para siempre sumido en la angustia del caos.

Fué casi una sorpresa, para él, ver que amanecía uno de los más bellos días de verano. Se levantó cuando apenas empezaba la mañana a clarear, y se dirigió a los corrales de la lechería.

Sediento de algo puro que le redimiera de la fiebre mental que lo convulsionaba, bebió con supersticiosa fruición un vaso de leche exprimido de las ubres de una vaca blanca.

Los campos surgían de la sutil neblina de la tie-

rra con una inocente castidad de virgen que nace a la vida, el rostro maravillado y el alma en blanco. Incubando en su mente una resolución que nació de su noche de insomnio, hizo un largo paseo, bordeando el bosque, hasta llegar a las viñas. Estaba resuelto a que sus dudas se disiparan aquel mismo día, y saber de una vez a qué atenerse sobre su porvenir. Tenía el propósito de hablar con su tía, primero, y en seguida, solicitar una entrevista con Humilde y los padres de la joven.

Así es que fué para él una verdadera satisfacción cuando, de vuelta de su paseo, salió a su encuentro un sirviente para darle recado de que la señora deseaba hablar con él tan pronto como volviese.

Tía Dolores lo esperaba en su cuarto, una vasta pieza baja de techo, con pequeñas ventanas guarnecidas de pesadas rejas de hierro que caían al jardín, de paredes enjalbegadas y con piso de ladrillo, cubierto por una estera.

En aquel cuarto limpio y austero, con sus muebles de madera negra, sus blancas paredes sin más adornos que un pesado crucifijo de plata y marfil, algunas estampas religiosas y un antiguo espejo empañado por los años, sobre el tocador, había una paz con perfume de otros tiempos, de una época de patriarcal sencillez y de sólida nobleza.

—Buenos días, hijo mío—dijo tía Dolores, que lo esperaba sentada en un amplio sillón, al pie de su lecho.

—Buenos días, tía Lolo, respondió el joven en voz baja, sobrecogido por el tono severo con que le hablaba la señora.

—Siéntate, hijo, y escucha...

Sentóse Baltasar, casi a los pies de su tía, sobre un viejo almofrez forrado en cuero crudo sin desbastar, y esperó a que la señora le hablase.

Ella inclinó un momento su noble cabeza blanca, y luego dijo con tono pausado y solemne:

—Me han dicho, Baltasar, que ayer haz cometido locuras...

Baltasar inclinó la cabeza. La tía continuó:

—Las locuras de la juventud yo las comprendo. Son las válvulas de escape de la sangre moza que bulle en las venas, máxime más que tú descienes de una familia que no ha tenido en las venas agua en vez de sangre... Yo todo lo perdono, Baltasar, y sobre los pecadillos de la juventud suelo echar un velo de ignorancia... Vale más, en muchos casos, ignorar que condenar.

Un momento de silencio. Baltasar observa el antiguo espejo empañado, con marco de plata, de elegante dibujo oval. Piensa, tal vez, que los ojos de su tía tienen ya un vago parecido con el espejo, que fuera bello en otros tiempos y que reflejara alegremente la vida a su alrededor.

—Pero de lo que no me puedo hacer la desentendida es de ciertos hechos que pueden comprometer tu juventud. Esa niña...

Baltasar esbozó un rápido gesto de protesta. La tía extendió una mano sobre él, como para aplacar el impulso del mozo.

—Si, ya lo sé—continuó—Es muy buena, muy adorable. Creo que puede hacer la felicidad de cualquier hombre honrado. Mira, hijo mío; te habla la voz de la experiencia y del cariño... (Aquí la voz de la tía Dolores se vela por la ternura y tiembla de emoción ante ciertos recuerdos)... Baltasar, yo creo conocerte. ¡Te pareces tanto a nuestro pobre pariente muerto en plena juventud!... Tu carácter es sensible y vehemente. Los detalles más pequeños dejan en tu espíritu una huella profunda, y lo que hoy te produce la felicidad, mañana te produciría el desastre. Mira, hijo... Las leyes del Destino, las leyes dictadas por los hábitos a través de muchas generaciones, no se pueden quebrantar impunemente. Esa niña, tan buena y tan bella, no podrá ser jamás tu esposa...

Baltasar irguió la cabeza con sobresalto. Sus ojos miraron a la anciana con dureza.

—No, no te enfades... Escúchame hasta el final. Dígote que esa niña no podrá hacerte feliz, porque tú y ella habéis crecido y os habéis educado en muy distintas esferas. Lo que es delicado para sus costumbres, puede ser grosero para ti. Tú tienes un camino trazado: la vida de ciudad, tu carrera, gustos refinados, aspiraciones elevadas... Mañana, cuando pasen los entusiasmos que ahora te exaltan,

abominarás de muchas cosas; de sus padres, rudos e ignorantes; de todo el medio que la rodea, y, cuando quieras desprenderte de ellos, te verás cogido como en una red de recias mallas. Baltasar, yo te lo digo: piénsalo hijo mío...

Baltasar levantó la abrumada cabeza.

—Ya lo he pensado, tía... Estoy resuelto. Si ella me quiere, yo la haré mi esposa, a pesar de todos los obstáculos. Tú eres buena, tía... la traeremos a nuestro lado. Ella será tu hija. Yo me dedicaré al cultivo del campo, y no saldré más de aquí, si es preciso. Trabajaré, trabajaré...

Tía Dolores movió lentamente la cabeza. Y murmuró con tristeza:

—Igual que él... igual!... Ilusiones, hijo, ilusiones... Ya ves tú lo que te ocurrió ayer. Ese es el principio de tu calvario. Ya lo ves, ya lo ves. ¿Quién te dijera hace algún tiempo atrás que deberías medirte en desafíos de villanos? ¿Y si ése... cualquiera, te hubiese muerto de una puñalada?... Y si no te mató ayer, te podrá matar mañana; si no puede de frente, a traición, al menos...

—Que me mate, tía, que me mate; pero yo no puedo renunciar a ella.

Tía Dolores inclinó el rostro sobre el pecho. Su pura frente pareció ensombrecerse por la tristeza y la contrariedad.

—Veo una vez más, dijo, que contra el hombre

apasionado no valen las razones, aunque éstas sean de oro macizo.

En seguida, continuó, tentando el último esfuerzo.

—Mira, hijo; eres joven, y tus ojos se deslumbran fácilmente con la luz del sol. Es más seguro que los míos, empañados en la experiencia, puedan distinguir, en la fuerte luz, las manchas que tú no descubres. Dime, hijo ¿te consta que esa joven es sólo la novia de tu rival? ¿No crees que...?

Baltasar se puso de pie de un salto. Con voz de cólera comprimida, dijo:

—Tía... tía... Fíjate en lo que dices.

Tía Dolores irguió la frente con altivez y entereza.

—No te enfades, hijo. Las lenguas murmuran. Y bien conoces el refrán: «cuando el río suena...» Yo nada te aseguro, Baltasar; pero te digo: esto dicen. Luego, tú, reflexiona y observa. Observa y yo te prometo, bajo mi fe de vieja, que protegeré tu amor, si persistes en cortejar a esa niña.

El rostro del joven se iluminó súbitamente de alegría. Se echó de rodillas a los pies de la anciana y hundió la cabeza en sus nobles faldas, exclamando:

—Tía, tía Lolo... ¡qué buena eres!

La señora Dolores acarició lentamente los suaves y ondeados cabellos del mozo, y quedóse un momento ensimismada, con los ojos fijos en el vetusto espejo ovalado, como si viese pasar por sus turbias aguas el pasado cortejo de sus recuerdos...

BALTASAR entregó las riendas de su caballo a Juan Ramón y se dirigió con la mano extendida hacia la señora Domitila, que lo esperaba en el umbral de la puerta. Los perros cesaron de ladrar; uno de ellos corrió junto al joven y comenzó a saltar a su alrededor, como si reconociese a un viejo amigo.

--Pase, Baltasar; le dijo la señora Domitila. Lo recibo así, en confianza; usted disculpará... Aquí, en el campo, no se puede andar vestida y peinada como en el pueblo... Pancho salió esta mañana, con el alba, al fundo de don Zacarías Durán... La Humilde debe de estar por allá adentro... voy a llamarla...

La señora Domitila hablaba con rapidez,—sin dejar tiempo a Baltasar de responder a su saludo,— como persona que tiene una preocupación y procura disimularla.

—¿Y cómo quedó misiá Dolores?—continuó la señora.—¡Pero páseme su sombrero!... Tome asien-

to un ratito... Yo voy y vuelvo... ¡qué lindo el fundo de «Las Pataguas»!... La Humilde no ha hecho otra cosa que acordarse del paseo tan lindo que hicimos... ¡Pobre chiquilla! ¡Está muy triste!... Se lo pasa llorando y...! Hay días que no conseguimos hacerla comer siquiera...

Cuando Baltasar se aprestaba para responder a esta lluvia de preguntas y frases incoherentes, la señora Domitila, después de decir «voy a llamar a Humilde», salió y dejó solo al joven en la pequeña salita con paredes sin enlucir.

Por la puerta entreabierta se divisaba el cuadro luminoso del patio y los árboles que lo circundaban. Bajo el sauce, en la sombra azulosa, pateaban el duro suelo tres caballos, sujetos por las riendas a la misma argolla: el suyo, el de Juan Ramón y el de Saúl Araneda...

¿Qué venía a hacer aquí su obstinado rival? ¿En dónde se encontraba en este momento? ¿Estaba con Humilde en el interior de la casa?

Ahora comprendía la turbación de la señora Domitila al verlo llegar, y su apresuramiento para correr al interior, para dar la voz de alarma, seguramente.

Había atravesado la distancia que mediaba entre el fundo de su tía y el de los Aranedas de un solo galope, bajo el sol abrasador de la hora de siesta. Tenía la garganta reseca; ardíale la cabeza.

Dispuesto a liquidar una situación llena de bru-

mosas expectativas, había corrido, después de su entrevista con tía Dolores, en busca de Humilde y de sus padres. ¿Cómo lo recibiría la joven? Enjugóse el sudor que inundaba su frente, y luego se dió aire con el pañuelo en el rostro sofocado. Hubiera deseado respirar brisa fresca. Se ahogaba. Una aguda inquietud le impedía sentirse cómodo en ninguna actitud. Se levantó y comenzó a pasearse a lo largo de la pequeña estancia con pasos agitados. ¿Por qué tardaban tanto en volver? ¿Acaso la familia, reunida en consejo, escucharía el relato de Saúl Araneda sobre la riña de la víspera, y decidirían no recibir al forastero atropellador? Nó, no era posible. El culpable era Saúl. Él quien lo provocara, y él quien quiso ultimarle de una puñalada traidora. Ya lo sabrían en la casa por conducto de otros espectadores de la escena.

Se acercó a una pequeña ventana que daba al huerto interior y que permanecía con el postigo cerrado. Con el fin de establecer corriente de aire que lo aliviara de la sofocación, la abrió. Inmediatamente vino del exterior un rayo de luz y una oleada de brisa cargada de perfumes campesinos.

Baltasar se detuvo encantado delante de la ventanita abierta. Desde allí se divisaba toda la huerta; las avenidas de durazneros, cuyas ramas cedían al peso de las frutas, los perales y los cerezos, y allá, en el fondo, la glorieta formada por enredaderas y por el varillaje de los membrillares, todo sumido en

una atmósfera verde esmeralda, clara y trasparente como el fondo de un estanque cristalino atravesado por los rayos del sol.

¡Ah! y los palomares que palpitaban bajo el batir de alas blancas, y el zumbar lejano de las colmenas entre la verde espesura!

Baltasar se sintió transportado a la época de su primera visita, cuando juntos con Humilde recorrieran el huerto perfumado por los rosales vecinos y por la suave resina de los árboles... Vió a la joven escuchando sus primeras frases galantes, ruborosa y confundida, eludiendo sus preguntas con ligeros escauceos de mariposa juguetona; vióla bajo las ramas de los membrillares, blanca y palpitante...

Detuvo el curso de sus recuerdos y se irguió con sobresalto. Allá en el fondo, bajo los membrillares, precisamente, apareció la graciosa silueta de Humilde. Llevaba la cabeza inclinada y enjugaba los ojos con el pañuelo. ¿Por qué lloraba? A Baltasar se le oprimió el corazón. Sólo entonces vió que detrás de ella venía Saúl, apartando las ramas con sus largos brazos. Bajo la amplia chupalla aparecía su rostro de barba rubia y la cabeza fajada por una venda blanca. Se detuvieron uno junto al otro. Humilde continuaba llorando, y Baltasar creyó percibir, desde su puesto de observación, los estremecimientos convulsivos que le cruzaban por la espalda encorvada. Saúl parecía increparla, con gestos

rudos, irguiéndose ante ella amenazante. Movía sus brazos sobre la cabeza con gestos violentos.

Hubo un instante en que ella se quitó las manos de los ojos y que pareció hablar a su turno. Su ademán era suave y suplicante. Parecía como que procurase apaciguar al joven por medio de claras y tiernas razones. Saúl escuchaba sombrío. De nuevo volvió a tomar la palabra él. Hubo un momento en que, enfurecido con sus propias frases, levantó un brazo para pegar... Baltasar echó manos al revólver, instintivamente.

La brisa del jardín le traía rumor confuso de palabras, súplicas y sollozos.

Baltasar se restregó los párpados...

...Por un movimiento brusco, Humilde había echado los brazos al cuello de Saúl y se estrechaba a él con movimientos sumisos, como buscando amparo para su cabeza en el rudo pecho del bandido...

Baltasar no quiso ver más. Algo se le rompía allá dentro, en el pecho. Apretó las manos, dispuesto a abalanzarse sobre el amoroso grupo. Luego los brazos se le cayeron a lo largo del cuerpo. Los labios de los amantes se unían en un largo beso. Salió lentamente, fué en busca de su caballo y se marchó sin despedirse de nadie. Tenía ansias de encontrarse al aire libre, en medio de la desolación de la campiña. Cuando se encontró lejos, solo en medio

del camino, ahogó un sollozo que subió hasta su garganta desde las profundidades de su sér, desgarrándole las entrañas.

En seguida, dió un alarido feroz; apretó las espuelas al vientre de su caballo, que se tiñeron de sangre, y echó a correr a través de la campiña desierta, inmensa, fustigada por los ardientes rayos del sol.

PÁRRAFOS TOMADOS DE JUICIOS

DE LA CRÍTICA Y DE LA PRENSA DE SANTIAGO, A RAÍZ DE LA PRIMERA EDICIÓN DE "LA HECHIZADA".

.....
...En este estado de espíritu me encontraba cuando vino a mis manos *La Hechizada* (no hablo de la literatura femenina por haberla visto nacer con tanto amor, que me siento parcial.) Ahora me llega vestido de celeste, tras una de esas rejas de ventanas coloniales destinadas a guardar la poesía del amor... pero yo lo conocí en la cuna y de ¡qué manera tan simpática!

El manuscrito vino dedicado a mi hijita--un alma que me complazco en clasificar de pre-Adamita, o sea antes del pecado original, hija de aquella supuesta primera mujer de Adán, anterior a Eva la pecadora, que no conoció la serpiente infernal y que escapó a la maldición bíblica.

La crítica que la niña hizo del libro, vale por la opinión de todos los maestros. Engolfada en la lectura del manuscrito, con la penetrante sensibilidad que por cierto no ha robado,

llegó a la lucha de los dos rivales y su corazón estaba tan tomado por el héroe que el terror la embargó. Se hincó entonces delante de su Virgen, pidió que triunfara el personaje de sus simpatías y continuó la lectura anhelante, pero segura de encontrar su candorosa plegaria escuchada. Ese rasgo, así como también ciertas lágrimas, valen por todos los tratados de estética.

Allí hay vida, hay verdad de primer orden. Los personajes no existen por sus bonitos discursos como los de Benavente, valen por la vida que tienen en sí, vida real, del alma y no del cerebro, personajes de carne y hueso, chilenos de pura cepa, infalsificables, que hablan nuestra lengua, más pintoresca y sabrosa que la de la Real Academia, dentro de nuestro paisaje austero y grande, perfumado por nuestras yerbas campesinas.

El rústico idilio respira un soplo intenso de poesía lugareña.

Nos reposa de la banalidad del ambiente y nos refresca con brisas puras de campo primaveral. El libro encierra esa emoción del *terruño*, que es como la síntesis de ese *algo indefinible* que contiene para mí la idea *del país* cuando estoy lejos de Chile. Lo único que evoco a la distancia, es esa impresión del campo que el señor Santiván ha encerrado en las páginas de su libro.

Sensación extraña y exquisita que me trae como el perfume de los azahares de Octubre, todo el encanto de la juventud, de la única vida que lleva para mí la patente legítima de *tierra natal!* No de Patria, que es algo más complicado y más alto, porque allí entra el alma, que no reconoce fronteras.

Y todo eso me lo trae *La Hechizada*. Sus páginas huelen a tomillo, a retamo y a trébol... A Dios gracias, no trinan los ruiseñores, pero cantan los zorzales, las diucas y las tencas. No hay *faroles niquelados* de novelistas cursis, pero hay espuelas que tintinean, mantas de colores rabiosos, y ramales de cuero.

Es sabroso, es legítimo y es fresco con frescura de amane-

cer en el campo. Y por eso mismo, tiene una atmósfera, que en vano se empeñan en copiar los importadores de baratijas exóticas en literatura.

Hay en sus páginas una feliz dualidad de sabor castellano auténtico, ingertado en fiereza araucana. Es toda nuestra raza sin postizos, sin enjuagues, sin adulteraciones.

Y qué poesía, tierna, delicada, se exhala de cada línea en tenuidades de tonos matinales. No hacen falta en la obra del señor Santiván, ninguna de las complicaciones embrolladas del alma moderna. La intriga y el carácter tenebroso de uno de los personajes, subraya en luz el candor de las otras almas. Basta allí la ruda franqueza, la espontaneidad sincera de estas almas chilenas, que son jóvenes e ignoran los conflictos que asaltan a las almas viejas,—conflictos que llegan a su debido tiempo, como el bozo a la pubertad y las canas a la vejez. En la *Hechizada* se ama porque sí, a la manera del «chevalier des Grioux», por la fuerza natural de los veinte años y porque la sangre joven bulle en las venas generosas. Los paisajes son bellos, de una belleza virginal que el hombre no ha violado. Hay expresiones que encierran toda una categoría de almas: *Tía Lolo era querendona*. Veinte palabras cogidas con pinza, en un diccionario, no retratarían a la tía como ese término campechano. Todo París con ser tan rico en ejemplares exquisitos, no suministra un tipo humano, a quien pudiera aplicársele esta palabra sabrosa de justeza: *querendona*. Y su nombre era sonoro como vieja moneda castellana. Todo el libro me suena a eso mismo, a plata de otros quilates que los que pesan nuestras chauchas.

Los asoleados corredores pensativos, bajo la custodia de las pilastras centinelas. Esa descripción vale por un cuadro de Le Sidaner chileno, porque está pintada el alma de las mansiones solariegas, donde nuestras abuelas (que no lo eran de pacotilla, sino dignos modelos de Monvoisin), rezaban el Angelus al son de la ronca esquila de la vieja Catedral (que nin-

gun celo arzobispal había prostituido cubriendo la piedra con ladrillo).

Los girasoles y las flores de zapallo asomaban también sus rostros dorados en complacida sonrisa bonachona. Esta frase respondería por sí sola a la pregunta que me han hecho tantas veces ¿qué es un retrato artístico? El que logra coger el alma del retratado como esa descripción ha tomado la esencia de la cosa descrita.

Desde que la había conocido Humilde aparecía siempre con el espíritu ausente, envuelto en una melancólica atmósfera que la separaba de los que la rodeaban, con sus bellos ojos vueltos temerosamente hacia un punto distante, que los atrajese y los aterrorizase al mismo tiempo. En estas pocas líneas está contenida la psicología del hechizo, leve y profundamente insinuada como deben serlo las cosas que pertenecen a la vida supra sensible.

La agitación de la marcha había hecho desaparecer la palidez de su rostro, que le diera un aspecto de ser vampirizado. Y aquí está la lógica del desenlace, que puede parecer extraño a los que no aceptan ciertos fenómenos, que ya pertenecen a la ciencia oficial. Más adelante, qué sabor de pureza y de frescura en esta frase: *El agua cristalina como un espejo oculto y limpio parecía mirar hacia lo alto con una mirada de místico embeleso.* Tipo hermoso de pura cepa chilena, es el de Tía Lolo.

La campiña se abría bajo el sol como un corazón jubiloso. ¡Cómo canta cada palabra con una sonoridad de toque de oraciones en la torre de la aldea lejana. Alma oprimida por fatales predestinaciones. Sobre el ingenuo relato de un amor idílico, pasa la sombra del destino trágico, que la débil voluntad no puede dominar.

La lucha entre los rivales está hecha de mano maestra. Nunca he presenciado esos torneos campesinos, así como no puedo ir a los toros en España, sin que me expulsen ignominiosamente gritándome: *Corazón de mantequilla.* En la He-

chizada asisto por primera vez a una topeadura literaria. Es muy hermosa, pero me queda la duda de que sea el arte del escritor el que ha logrado mostrarme en belleza el bárbaro espectáculo.

Los campos surgian de la sutil neblina de la tierra con una inocente castidad de virgen, que nace a la vida, el rostro maravillado y el alma en blanco! Y no sigo citando, porque querría citar el libro entero. Resumen: no hay personaje tan sencillo que el talento no haga hermoso y no hay espectáculo tan terrible que el arte no haga atrayente.

Lo mejor para mi de *La Hechizada*, lo que envuelve todo el libro como la luz y el aire a los paisajes, es la poesía tiernamente casta de que está impregnado. Poesía que se escapa mas allá de las palabras, como el perfume de los limoneros de Sorrento envuelve la radiante concha azul del golfo de Nápoles. Es una poesía concentrada, que se insinúa discreta, pero que nos penetra el alma como una caricia... Es la Santa Poesía en que se refugió el Doctor Fausto, supremo encanto de la vida, única delicia que no huye con la juventud ni muere con Margarita. Santa Poesía, ideal soberano, que nada ni nadie pueden arrebatarlos, porque reside en lo mas invulnerable de nuestro espíritu. Bendita Poesía! que crece en razón inversa de nuestros desengaños y de nuestras tristezas. Divina Poesía, que nos sostiene cuando hemos luchado y nos han vencido, que canta en nuestros triunfos y llora en nuestras derrotas!

IRIS.

De *El Mercurio* del 7 de Diciembre de 1916).

EL MOVIMIENTO LITERARIO

CRÓNICA BIBLIOGRÁFICA SEMANAL

La Hechizada. (Novela), Por Fernando Santiván. Santiago. Imp. Universitaria. 1916. (Edición de "Los Diez"). 114 páginas in-16.

...Tarde llego yo para hablar de la obra de Santiván. Por los varios artículos encomiásticos que sobre ella se han publicado, es fácil ver que *La Hechizada* es una *hechicera*...

¿Cuál no será la «virtud» que emana de ella, cuando yo, con todo mi escepticismo profesional a cuestas, me confieso pura y simplemente hechizado?

Hechizado llamo al que, leyendo las primeras páginas de una novela, es de tal manera domeñado y aprisionado por ella que no puede dejarla hasta no leer su última línea.

Hechizado llamo al que, después de leer una novela, queda, por decirlo así, con la imaginación saturada de ella y, a pesar de los quehaceres que podrían y aun deberían interrumpir su contemplación, sigue por horas y días viendo los paisajes, las escenas y los tipos descritas en ella.

Baltasar y Humilde, la tía de aquel y los padres de ésta, Saúl el bandido que hechiza a Humilde, son personajes inolvidables. No solo sé que existen en la novela, sino que los veo y oigo, como si hubiese vivido al lado de ellos en «Las Pataguas», y «Los Quillayes». ¿De cuántos personajes de novela chilena podría yo decir otro tanto?

A esto agréguese que el corazón se hace cómplice de la imaginación y de la memoria. ¿Quién no sufre al ver a la pobre Humilde caer hechizada en brazos del bandido?

¿Quién no quisiera con todo el alma verla dar su corazón al hermoso y valiente joven que ambiciona hacer de esa cam-

pesina mal barnizada una señora? Una lágrima (seamos francos), cae al fin sobre tanta ceguera...

OMER EMETH

(De *El Mercurio*).

UN LIBRO SENCILLO

(LA HECHIZADA, novela de Santiván)

...Fernando Santiván tiene un parecido profundísimo con Fernando Santiván. Esto que puede parecer una simpleza, a nosotros nos ilustra convenientemente acerca de la estética sustentada hasta aquí por el autor de *Ansia* y de *Palpitaciones de Vida*. Es preciso recordar, además, que Santiván ha seguido siendo el mismo autor recio de los primeros cuentos, primitivo y sencillo como un paisaje. La orientación se definió violentamente en las primeras páginas y ni una vacilación ha ondulado las líneas de su concepción artística. Tanta firmeza de estética y tanta plenitud ideológica no se consiguen sino con un carácter madurado en duras y largas pruebas.

Encontramos en esta Hechizada fragante un oculto soplo de fiereza y de voluntad; una sencillez ingenua, un aroma agreste, un candor de leyenda primitiva, un panteísmo juvenil que parece destilado en el tronco rugoso de un espino... Y de tal modo la poesía anima el relato, como por una explotación de sávia proficua, que nos parece sentir la piedad del pobrecito de Asís, derramando lirios y fragancias en el surco de las narraciones. Este hombre fuerte, macizo—cuyos ojos pueden mejor que nadie decirnos, en su apariencia ingenua y

purificada como los de un niño temeroso, todo el secreto de su arte—este hombre fuerte, decimos, es un niño frente a la naturaleza, al paisaje. No vemos ahora ni un esfuerzo de descripción de las cosas, ni una violencia de análisis para el erigimiento de las figuras. Este escritor se ha bruñado con el contacto de ásperas venturas o con el humillarse rendido frente a la naturaleza.

Santiván se ha encontrado a sí mismo. No es vana conquista, ni es pequeño el triunfo cuando se contempla la desesperación de otros espíritus empeñados en perseguirse por inútiles derroteros. Este arte sencillo y tranquilo, que se detiene complacido a suspirar bajo el frescor de los árboles, de nuestros árboles, es un credo y una profesión de fe murmurada en pleno campo chileno. Su valor está ahí y es inútil escarbar los aspectos incorrectos del libro, que nos ayudan, por otra parte, para plasmar la silueta estética del escritor. Por eso dijimos al comenzar que Fernando Santiván tiene un parecido profundísimo con Fernando Santiván.

DOMINGO MELFI DEMARCO

(De *Las Últimas Noticias*).

FERNANDO SANTIVÁN

El argumento, como se ve, no puede ser más sencillo al par que más « posible » dentro de una humana realidad, realizando con ello el novelista uno de los ideales de perfección dentro del género...

...El dibujo vigoroso de algunos personajes—la tía Dolores y Baltasar, por ejemplo—que parecen grabados al agua

fuerte, tal lo acentuado de los caracteres esenciales, nos hace pensar con fundamento en las condiciones de pintor del señor Santiván. Y cual si no bastara con lo dicho para fundamentar el aserto, fuera suficiente leer las descripciones que hace del campo, de algún interior tranquilo en que los muebles antiguos imponen con la pátina oscura de los años...

...Sintético y expresivo es el estilo que imprime a la fisonomía de la novela toda, ese carácter de cautivante simpatía que tiene en sí, y, con prescindencia del fondo, un valor estético indiscutible. De esa suerte hácese agradable la lectura del libro, porque sin duda alguna, nada más placentero que leer sintiendo al propio tiempo, con las emociones artísticas nacidas de la acción novelesca, ese compás melódico que brota de la forma armoniosa.

Santiván—y sólo por citar otra de sus excelentes cualidades de novelador—posee de la medida su sentido profundo. No abusa de las largas descripciones—mal de muchos escritores americanos—y sólo recurre a ellas para dar un fondo adecuado a una escena, o comentar con cuatro pinceladas de toque justo el estado anímico de los personajes.

TIKÓNIDOS

(De la Revista *Ideas*, Marzo de 1917, Buenos Aires).

(LA HECHIZADA)

«La Hechizada» es la mejor obra de Santiván, y, justo es declararlo, es en su género una de las más altas manifestaciones de la novela chilena. Y lo es por el soplo intenso de poesía que sacude sus páginas; por el color enteramente nacional de sus magníficas descripciones, en las que un pode-

roso temperamento de artista ha sabido encontrar los detalles precisos y necesarios a la emoción; y, por fin, por la sobriedad de su estilo y por sus cualidades de síntesis que muestra por primera vez en sus trabajos.

(*El Mercurio*, 24 de Noviembre de 1916).

(LA HECHIZADA)

«La Hechizada» me parece una pequeña obra maestra. Será, sin duda, citada siempre como uno de los aciertos plenos del arte chileno. Tiene la gracia pura de los poemas en su arquitectura y el vigor de las novelas en su realización. El estilo es sobrio y transparente; los personajes vivos, llenos de verdad; la trama interesante y sencilla; y en todas las páginas hay una feliz amalgama de lo objetivo y lo subjetivo que la sensibilidad se apasiona leyéndolas. Nuestro campo jamás había sido comunicado en lo más esencial de su belleza, como Santiván lo hace en esta novelita.

EDUARDO BARRIOS

(*Ultimas Noticias*, 5 de Diciembre de 1916).

(LA HECHIZADA)

Rara vez se ha escrito con más emoción y mayor verdad una novela de costumbres nacionales. Encanta la falta de pretensiones de su autor y se perdonan unas cuantas incor-

rrecciones gramaticales que el calor de la inspiración ha hecho depositarse en sus páginas. Apasionar con una trama tan sencilla, interesar con unos pocos personajes de la vida de los campos, es un éxito enteramente nuevo, conseguido sin esfuerzo. Todo es natural y sencillo. Un sello de buen gusto preside todos los capítulos de la novela. Al llegar al fin se lamenta que la obra sea tan corta, se experimentan deseos de releerla. No hay allí falsas disertaciones psicológicas, hay un trozo intenso de vida chilena aprisionado por la imaginación fogosa de un escritor que está destinado, sin duda, a ser el primer novelista nacional. No creemos equivocarnos al pensar que estamos en presencia de la mejor novela de los últimos años. Bien merece este éxito el talentoso y sincero Fernando Santiván.

VÍCTOR NOIR

(*Sucesos*, 30 de Noviembre de 1916).

UN LIBRO DE SANTIVÁN

El mayor encanto que siempre he encontrado en la obra de Santiván es su honda emoción de la naturaleza y de la vida. ¿De dónde proviene esta virtud? Seguramente del poco caso que hace de la literatura cuando se sienta a escribir sus novelas y antes que los libros sólo atina a recordar su vida vivida. Y es curioso el caso que se da de un temperamento tan vigoroso como es el de este novelista cuando quiere ser delicado y emotivo ¡qué escala de gradaciones no hay entre un cuento como «Patizambo» o una novela como *La Hechizada* y un cuento, cual «El Jugador», o una novela como *El Crisol!*

.....
Si en sus libros anteriores Santiván se complacía en las descripciones—nos bastaría con [recordar «Ansia»,—en *La*

Hechizada nos impresiona desde el primer momento su sobriedad:—rasgos característicos, psicologías breves, hondas emociones. Porque esta es la primera cualidad que hemos de admirar en *La Hechizada*: el goce, la sobria emoción de belleza que, en buena hora, nos hace olvidarnos de toda posible realidad para elevar el espíritu en un perfume de idealidad campesina, que nace de la tierra y rebosa del corazón de Baltasar.

.....

ARMANDO DONOSO

De *Zig-Zag*, Diciembre 9 de 1916.

ÍNDICE

	PÁGS.
La Hechizada.....	9
Juicios críticos sobre La Hechizada.....	115



PQ
8097
S3H4

Santibáñez, Fernando
La hechizada

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 07 16 013 8